IX Edición de los
Premios de Cuentos Ilustrados
Diputación de Badajoz

Guía de hoteles inventados

Textos
ÓSCAR
SIPÁN SANZ

Ilustraciones
ÓSCAR
SANMARTÍN VARGAS

Modalidad Adultos / Primer Premio

Guía de hoteles inventados

Edita
Departamento De publicaciones
DIPUTACIÓN DE BADAJOZ

Texto
Óscar Sipán Sanz
Ilustraciones
Óscar Sanmartín Vargas

Diseño y preimpresión
XXI Estudio Gráfico, Puebla de la Calzada (Badajoz)
Impresión
Gráficas Romero, Jaraíz de la Vera

Depósito Legal
CC-241-06
ISBN
84-7796-490-4

Guía de hoteles inventados

Texto
ÓSCAR SIPÁN SANZ

Ilustraciones
ÓSCAR SANMARTÍN VARGAS

IX Edición
Modalidad Adultos
Primer Premio

DIPUTACIÓN DE BADAJOZ
Departamento De publicaciones
2006

Tras la fatiga de un viaje nocturno, al final de la madrugada,
con pocos y entrecortados momentos de sueño entre febril
y escalofriado, entraste en el vestíbulo oscuro y desierto del hotel.
Qué vacío el de esa hora que antecede al alba;
qué mundo increado o extinto el que se mira entonces.

LUIS CERNUDA

Es el mundo de las palabras el que crea el mundo de las cosas.

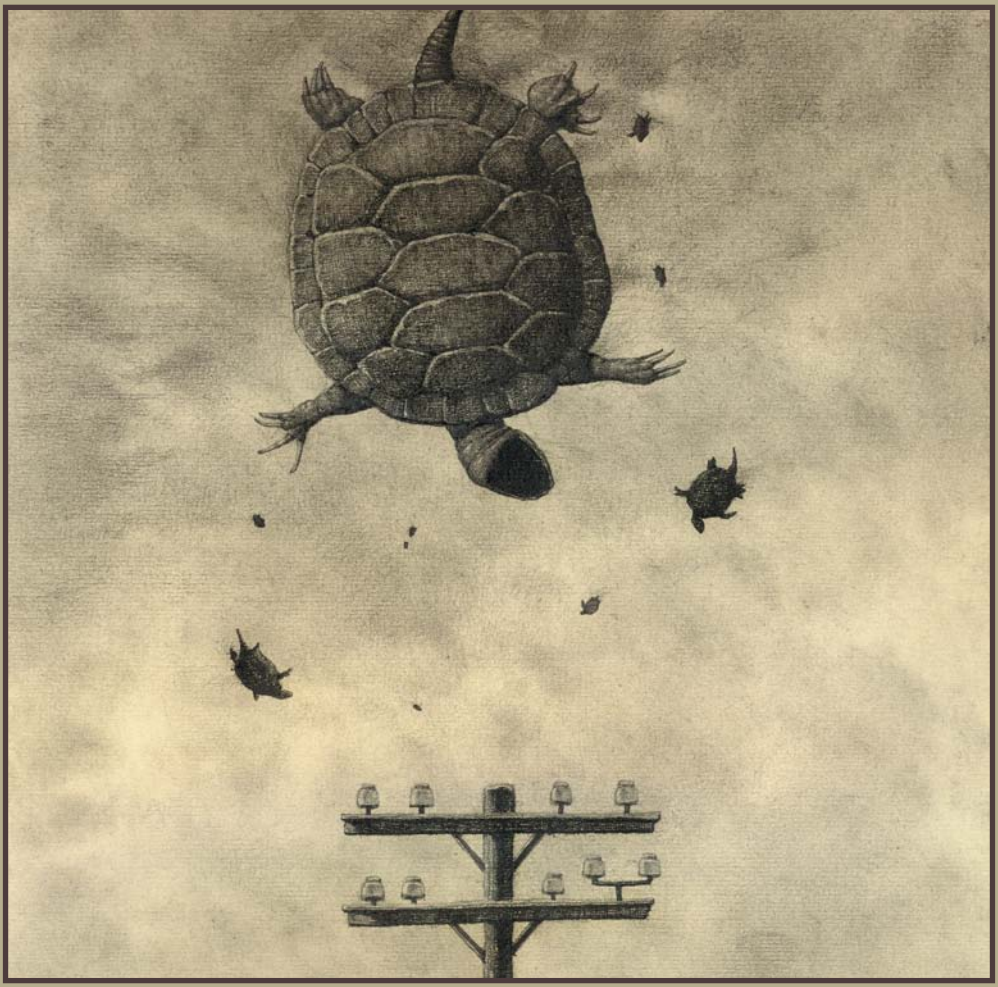
JACQUES LACAN

ALESIA

*****

SE NECESITAN DOS PUENTES *para fijar una ciudad como Alesia. Una ciudad de rectos bulevares para reprimir revoluciones que nunca llegan, de tabernas ruidosas donde forjarse una leyenda jugando a la ruleta rusa y de sombríos jardines de magnolias, crisantemos y jacarandás*, escribe en su cuaderno de viaje Ludovic Sindone. El tranvía está casi vacío. Una mujer, que se debate entre cruzar o no la frontera de la vejez, mira al frente con un niño sentado en su regazo; el niño inventa estrofas de una canción sobre una luna rellena de serrín. El conductor se masajea las sienes en una parada, como intentando amortiguar el peso de septiembre. En el asiento posterior un padre le dice a un hijo: *Muchacho, desconfía de las mujeres pecosas; por algo las ha marcado Dios*. La avenida principal desemboca en el Obelisco de los Cobardes y es allí donde Ludovic Sindone se apea con su maleta.

Consulta el mapa. El Hotel Stauros se encuentra a tan sólo tres manzanas. Es una ciudad pequeña, que huele a acuario olvidado y a laurel. De un puente a otro, cuarenta mil almas y tres hoteles: el Stauros, El Vällim y el Tzmisce. Camina distraído, interiorizando que las ciudades pertenecen a los holgazanes sin reloj, que el mundo gira porque hay gente que se detiene, cuando le sorprende la lluvia. Y no es una lluvia cualquiera la de Alesia: un zumbido en el cielo y hay que buscar abrigo de inmediato. Por toda la ciudad se han habilitado refugios para guarecerse de las tortugas clérigo. Las nubes vierten su extraña propaganda y Ludovic Sindone sonríe en soledad, conmovido ante la belleza de lo que otros ven como castigo. Tan sólo dura un instante. En la temporada de lluvias se refuerza drásticamente la plantilla de limpiadores municipales para poder afrontar con eficacia y rapidez la retirada de las tortugas clérigo, pequeños bultos desorientados sobre el pavimento.



El Hotel Stauros es un edificio de ladrillo georgiano combinado con piedra, balcones de malaquita azul y enormes ventanas con maineles y travesaños, flanqueado a su vez por dos torreones que le otorgan un disfraz de fortificación. A la entrada una inscripción reza: TEMOR DE DIOS. Los mendigos, emboscados a ambos lados de la puerta giratoria, dificultan el paso y suplican *una limosna, por caridad* con las palmas de las manos extendidas, recibiendo bastonazos del portero que defiende su propina y se ensaña con los mutilados y los pobres de espíritu. *La propina es la única bandera que saludan los porteros, el único lenguaje que comprenden*, piensa Ludovic Sindone. No le da ni una sola moneda. La puerta giratoria le deposita en un vestíbulo, elegante y decimonónico, de cómodos sofás modernistas donde leer la prensa extranjera y de un color que recuerda a las flores amarillas del muérdago, revestido de mármol portugués y de madera noruega, con un suelo de baldosas que van disminuyendo de

tamaño para crear una falsa sensación de lejanía y de una lámpara de araña que ilumina hasta el último recoveco. Un botones, que abandona la adolescencia para no volver a recuperarla, como un soldado en las playas de Normandía, recibe órdenes de una dama que tiene la belleza por castigo y que viaja con un séquito de baúles de doble cerradura, maletas de diseño exclusivo, cajas con frascos de perfume y sombrereras de múltiples formas.

Un corresponsal, cuyo periódico lleva cerrado más de diez años, pregunta en recepción por una carta *importante* que no ha llegado; la ansiedad, aparentemente encriptada, da paso a la decepción. La mayoría de casilleros guardan su llave y tan sólo en dos se aprecia un aviso, una nota urgente o una carta de amor, quién sabe. Ludovic Sindone deposita su pasaporte falso en el mostrador. El recepcionista, que fue corneta de un ejército derrotado, de venas protuberantes y llenas de sangre, apunta una serie de datos

y pronuncia, en un tono de voz que roza el falsete, un *Si es tan amable el señor*…, empujando el libro de registro hacia Ludovic Sindone, que estampa una firma elegante, recreándose en las formas, deposita la pluma junto al tintero y se debate entre tomar una última copa o subir a la habitación para descansar. Es fácil justificar su decisión: elige la vida. El Gran Salón, con su cúpula de cristales multicolores, cargado de exilio y nicotina, envuelto en un delicioso aburrimiento de burguesía decadente y principios libertarios, camareros con librea abrazados a sus bandejas y vendedoras de cigarrillos de ojos tristes, parece el marco ideal para tener una aventura con la dama de compañía de una duquesa armenia o arrancarle un terrible secreto a un lanzador de cuchillos. Ludovic Sindone toma asiento junto al piano, en el que reposa una pajarera vacía y un *foulard* olvidado, y pide un whisky de centeno. Un notario de provincias, de anteojos torcidos sobre una nariz aguileña, descendiente de una larga tradición de

cómicos de circo, filosofa sobre *el infortunio que vive en nuestro interior*, mientras espera la noche para soñar. Junto a la chimenea dorada, un antiquísimo mascarón de proa cuelga del muro, roído por la sal y las inclemencias del tiempo. Según se puede leer en una placa, representa a Neptuno en actitud furiosa y perteneció al *Adventure*, uno de los barcos de la segunda expedición del Capitán Cook a los Mares del Sur. Observa tres tipos de hombres: los avergonzados, que sólo son un cruce de caminos y que llevan las decepciones sentimentales como esas cicatrices que provocan las minas a cielo abierto en la montaña, los desafiantes, anarquistas con una bomba en la cabeza, y los aduladores, mentirosos compulsivos con los labios manchados de mermelada susurrando palabras huecas al oído de las recién llegadas, que declinan educadamente la invitación de subir al cuarto mientras beben a sorbitos una copa de absenta con almíbar y sueñan con entregarse a un alférez de uniforme. *El hombre moderno está*

compuesto de ostentación, miedo y mentira, reflexiona Ludovic Sindone.

No muy lejos de allí, en la habitación 97, un selecto grupo de europeos y americanos inicia una sesión de espiritismo cerrando los postigos de las ventanas para secar la luz del día. Se toman de las manos, en silencio, formando un círculo perfecto. La luz trémula de la vela ilumina vagamente los rostros de la Baronesa Maud Von Thyssen y del Príncipe Alexis Mdivani; del jefe de la mafia Lucky Luciano, con el pelo untado de brillantina, y su lugarteniente, Christian Stefani, emparentado por parte de madre con el gran Enrico Caruso; de la coleccionista de arte Peggy Guggenheim; del playboy dominicano Porfirio Rubirosa, que arrastra la leyenda de haber mantenido relaciones sexuales en mil cien jardines y que acompaña en su gira mundial a las siamesas Daisy y Violet Hilton, con las que mantiene una aventura, pálidas y hermosas, que toman sulfato de quinina para combatir la fiebre

alta, incubando la gripe de Hong Kong que las matará; del escritor español Carlos Castán, que corrige un manuscrito titulado *Frío de vivir* añadiendo frases preciosas y sufriendo la lluvia de las ciudades imposibles; y de la médium rumana, experta en mundología y ocultismo, hija de un premio Nobel de Física y de una prostituta, que intentará contactar con la camarera que se suicidó vestida de novia el año anterior, en esa misma habitación: Doria Manfredi, la cabeza rubia ladeada hacia la puerta mostrando la sonrisa de los débiles, las venas abiertas a cuchilla y una foto dedicada de Porfirio Rubirosa flotando en la bañera con patas de león.

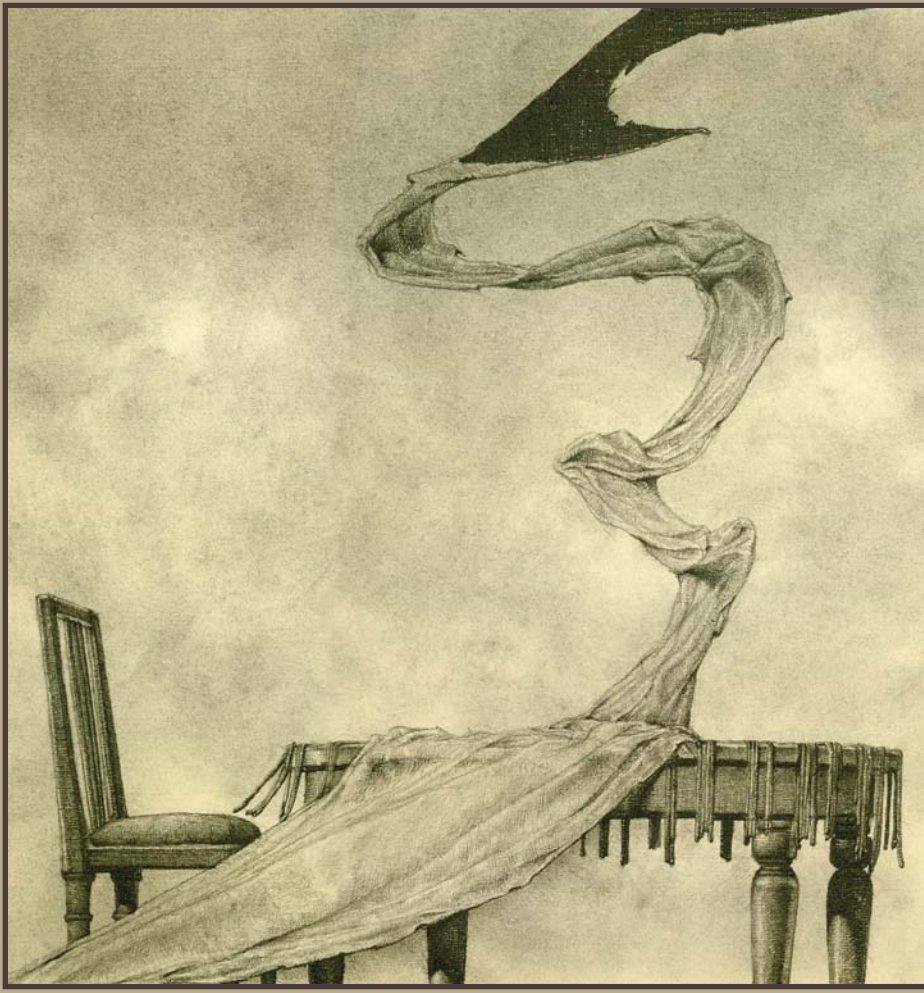
El reloj de péndulo marca las cinco en punto de la tarde. Concentrados y expectantes, invocan el espíritu de la joven, escuchando el sonido angustioso de los radiadores al enfriarse. Cuando empiezan a mascar el fracaso de la sesión, el péndulo, rompiendo los tejidos nerviosos del aire, se detiene y ya no hay lugar para

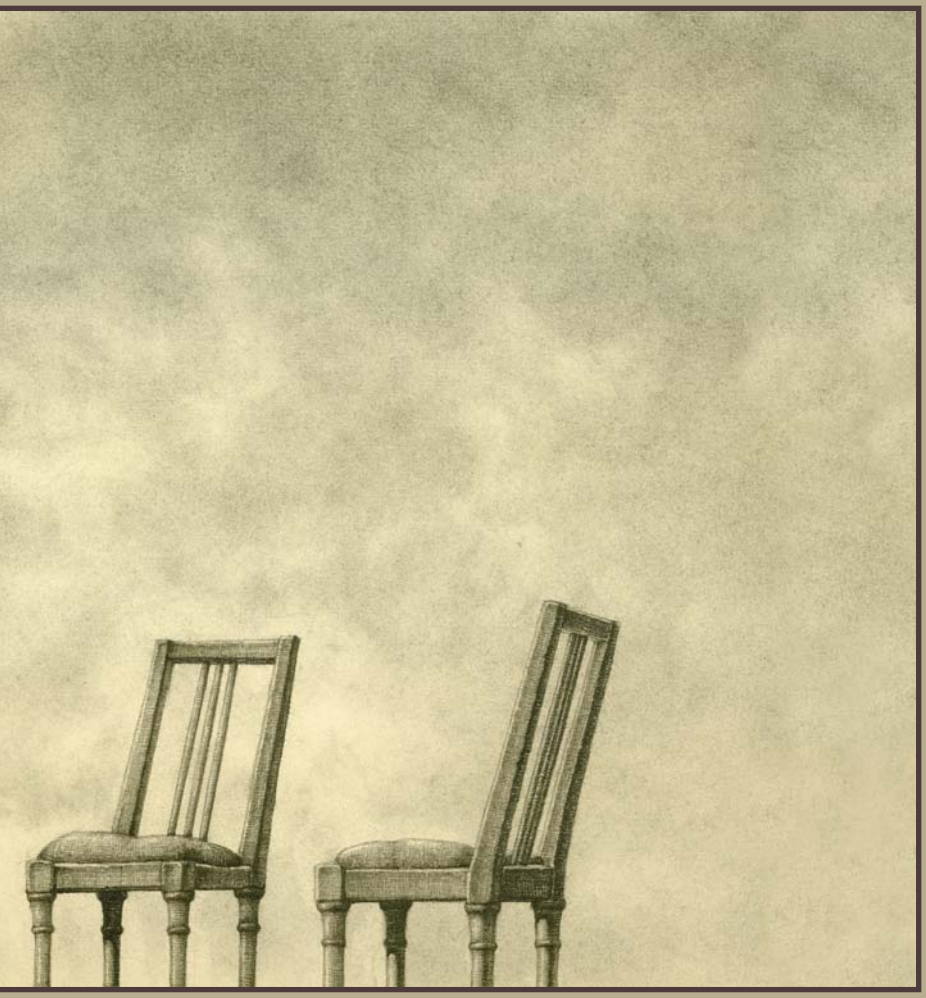
la conjetura: la habitación 97 queda teñida de partículas no vivas y de fluido espectral. Sin atreverse a mirar están presenciando la rebelión de lo inanimado. El olor a gangrena y a fósforo, a extremaunción burlona y a promesa incumplida lo impregna todo. Las paredes trasudan almas en pena y demonios bipolares, que cruzan la puerta sin puerta y se adueñan del pánico de los presentes. *Es una sensación como nadar entre ahogados*, confesará alguien en la cena unas horas más tarde.

Extramuros la tarde cae sobre Alesia, las lombrices oxigenan la tierra, el viento vuela sombreros y bate contraventanas, un niño arroja al estanque oscuro un barco con un gatito para verlo naufragar.

La presencia de lo que fue Doria Manfredi, todavía vestida de novia, besa por última vez los labios de Porfirio Rubirosa y un viento gélido que nace de todas partes y de ninguna desprende la

cortina, que flota durante varios segundos sobre la mesa para luego caer, sumiendo la habitación 97 en un grito velado que se evapora para reaparecer en otra dimensión.





Si existe un Dios, *otorga extrañas cualidades a sus hijos*, piensa Ludovic Sindone rechazando los servicios de un falsificador de firmas, que se presenta como Tom Ripley y que le regala una demostración en un sobre amarillento. Abandona el Gran Salón mareado por la bebida y se dirige a tomar el aire; los doscientos peldaños de una escalera de caracol le depositan en la azotea. Hace una de esas noches en la que los místicos se plantean banalidades, los cobardes se beben la sangre de los héroes, los bohemios sueñan con un trabajo estable, los imitadores con una idea original y los censores con las faldas plisadas de las colegialas. En un tejado próximo, un gato atigrado devora una paloma mensajera. Las estrellas despuntan entre las nubes, la noche se arma en medio de un silencio penitenciario. Asomado a la barandilla Ludovic Sindone vuelve la vista hacia su interior: su examen de conciencia le muestra a un tipo demasiado perezoso para las hazañas, con algunas acciones de mérito y varias muertes violentas con la que cargar el

resto de la vida. *No puede infundir tanta melancolía una ciudad recién bombardeada*, escribirá más tarde.

En el vestidor del restaurante, entrega su abrigo de astracán y su gorra y se dispone a cenar. Elige una mesa en el fondo de la sala. Comprueba, a golpe de vista, que la obesidad es un síntoma de salud social y de rica vida interior. Los comensales, con las servilletas anudadas bajo la papada, se relamen ante la llegada de unos platos abundantes y exquisitos. El jefe de cocina flirtea abiertamente con un lavaplatos cubano, de pañuelo en la frente y manos nudosas, al que todos llaman Tony Montana. En una mesa próxima, el grupo formado por la Baronesa Maud Von Thyssen y el Príncipe Alexis Mdivani, el jefe de la mafia Lucky Luciano y su lugarteniente, Christian Stefani, la coleccionista de arte Peggy Guggenheim, el playboy Porfirio Rubirosa, las siamesas Daisy y Violet Hilton, el escritor español Carlos Castán y la médium

rumana comparten sus experiencias con un diplomático belga y su joven esposa, nacida en Alappuzha, en la costa india de Malabar, entre el mar de Arabia y la albufera de Vembanad, una de esas bellezas obreras que dejan el alma en cuarentena y que niegan el futuro, la flor que nace en los suburbios, un egiptólogo aburrido de jeroglíficos y una vieja estrella del cine mudo acompañada de un tipo al que presenta como *Médico especialista en las enfermedades relacionadas con la suerte*.

Es una sensación como nadar entre ahogados, intenta explicar la Baronesa Maud Von Thyssen en un tono de voz devastado por el pánico, sin levantar los ojos de la mesa. Se ha tomado medio frasco de pastillas para los nervios. No se atreve a compartir el terrible secreto que le ha sido revelado: en el plazo de un año, el Príncipe Alexis Mdivani perderá la vida en un accidente de tráfico y ella quedará desfigurada. Se lo ha susurrado la voz de su prima Irina, ahogada en el

río Maravillas a la temprana edad de siete años. A juicio de los asistentes, la sesión puede ser calificada como espeluznante, lo que viene a significar que ha sido un éxito. Para olvidar lo ocurrido charlan sobre temas irrelevantes (boutiques de nueva apertura, rumores de separación, galerías de arte), haciendo ruido para no pensar. En la breve presentación entre Porfirio Rubirosa y la mujer del diplomático belga, camuflado entre las fórmulas de cortesía y educación, ha surgido una complicidad con sabor a sexo urgente que se ha trasladado bajo los faldones de la mesa. Como buen coleccionista de orgasmos o de auroras boreales, Porfirio Rubirosa ansía desabotonarle el vestido mientras busca la sal del cuello, arrancarle la ropa interior a dentelladas y gritar y derramarse con los ojos abiertos. Y ella, tentada por un demonio que no deja de clavarle las falanges en la entrepierna y de enseñarle posturas deliciosas, termina aceptando: la esterilidad de Porfirio Rubirosa aumenta su libido y disminuye el pecado. Nada de esto pasa des-

apercibido para Daisy y Violet Hilton que leen, impotentes y resignadas, el alfabeto del deseo y la tiranía de la carne.

Ludovic Sindone estudia los platos recorriendo la elegante tipografía de la carta con el dedo índice de la mano derecha y acariciándose la barba de cuatro días con la izquierda, y se decide por un *calamar gigante con ostras y una sopa de musgo caramelizado*, además de una botella de vino blanco español. En una mesa próxima, una pareja brinda con champagne, tomándose de las manos y jurándose amor eterno a la luz de las velas. A Ludovic Sindone la escena le provoca envidia y lástima al mismo tiempo. En otra época solía comparar el hecho de estar enamorado con una intervención quirúrgica: tras la operación, el enfermo abría los ojos en un cuarto extraño desorientado y dolorido. A esa altura de la vida, comenzar una relación sentimental despierta en él una profunda pereza. Pensar en las mujeres a las que decepcionó

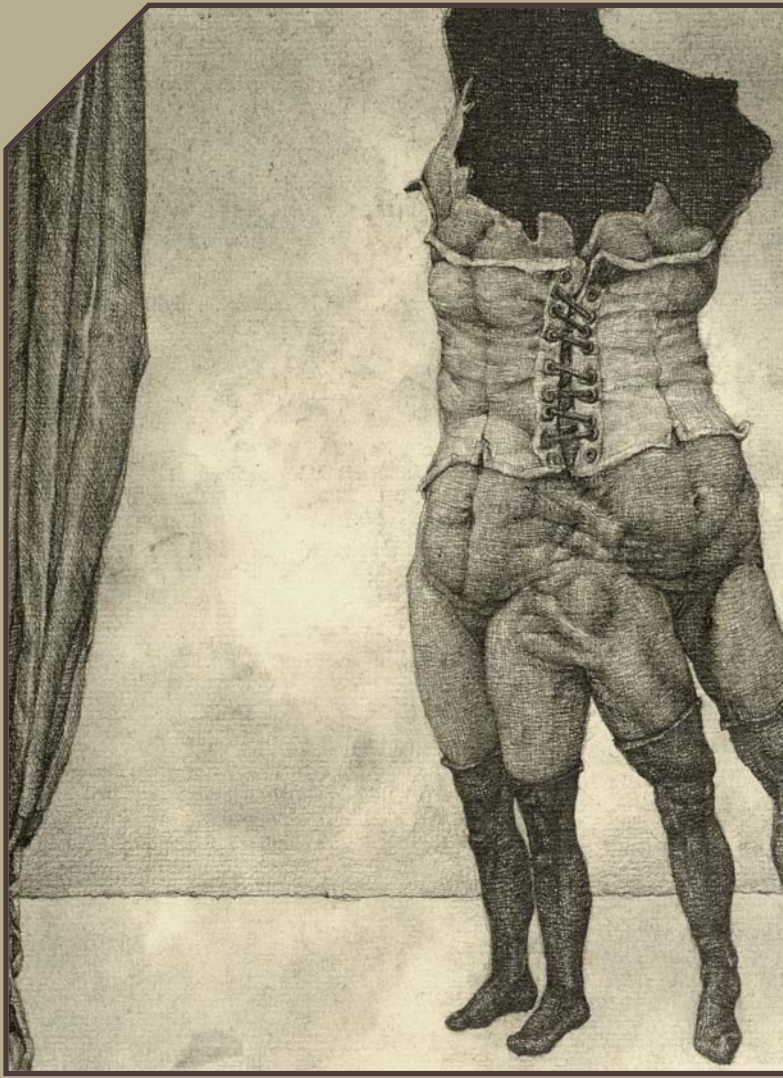
y en las mujeres que le decepcionaron le quita las energías. El esfuerzo le angustia. Ludovic Sindone se siente como un alpinista hastiado de subir montañas.

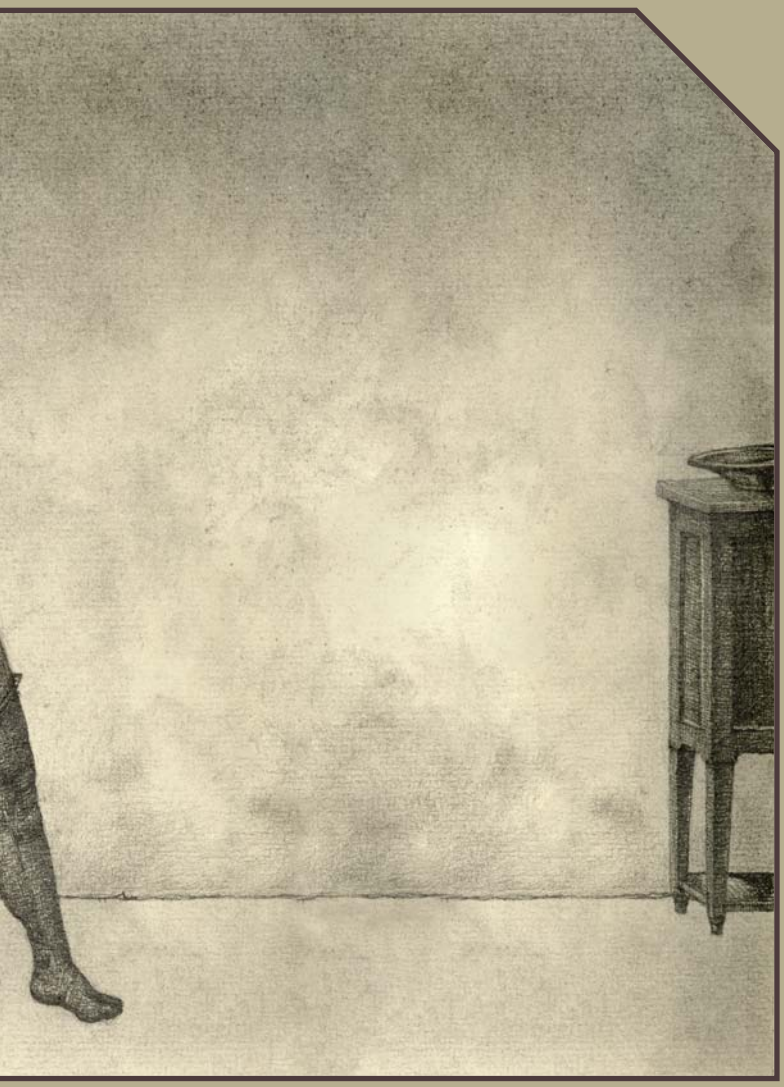
Sobre el edredón de la cama, una de esas camas barrocas de hierro forjado que guardan secretos e infidelidades, cinco rosas rojas dan la bienvenida a Ludovic Sindone. Las coloca en la cómoda de estilo provenzal francés, en un jarrón de porcelana, y deshace la maleta. La habitación está tapizada en un color pastel con motivos campestres y algo inquietantes: un bautizo multitudinario en un río ante una mancha oscura que emerge, una cacería de animales domésticos, un agricultor asustado sembrando con una escopeta cruzada a la espalda, una bandada de estorninos se posa en un camposanto nevado, una hoguera sin gente que arde en el claro de un bosque. Ludovic Sindone se detiene ante el espejo: *la piel que muda el viajero queda atrapada en los espejos de hotel*. El pen-

samiento le provoca un escalofrío y se aleja de inmediato. Un baño de espuma y media hora de lectura serán más que suficientes para desencadenar los mecanismos del sueño. De camino a la habitación, atravesando un hormiguero de pasillos afelpados y desiertos, en los que uno se plantea si no habrá muerto, se ha topado con la Sala de Lectura, de color azul turquesa, techos altos decorados con relieves de estuco y una librería de finales del siglo XIX, con tres anaqueles visibles a través de las puertas acristaladas, tomando prestado un ejemplar de *Concesiones al demonio* de O.S.

Duerme mal Ludovic Sindone en su primera noche en Alesia. En pleno novilunio, los galgos asilvestrados no dejaron de aullar hasta mediada la madrugada, las gatas en celo aseguraron la continuidad de la especie y las siamesas Daisy y Violet Hilton discutieron violentamente con Porfirio Rubirosa, que terminó durmiendo en un sillón del vestíbulo. Pasó toda la noche oyéndo-

las sollozar, arrastrando los pies por el cuarto y maldiciendo la desgracia nodriza que las alimentaba y que las había convertido en las artistas de circo mejor pagadas de América. Y en las más solitarias.





Por la mañana, al descorrer las cortinas de terciopelo negro, la luz de septiembre le hiere las pupilas. La ciudad parece inmersa en la pandemia de melancolía que provocan los años bisiestos; sin duda, Alesia es un buen lugar donde dilapidar una fortuna en sesenta noches y en la sesenta y una arrojarse desde uno de los puentes. Sin afeitarse, se da una ducha de agua templada y se viste con un traje cómodo. Abre la puerta de su habitación y Ludovic Sindone cree ver el cielo y la condenación eterna en la cara de una camarera pelirroja, uniformada con cofia y delantal, que regresa de una verbena de su juventud y le da los buenos días. Por supuesto, no es ella. Intenta desplegar su encanto de anticuario, pero sólo alcanza a preguntarle por el servicio de lavandería. Almuerza en el jardín, un café *Excelso de Medellín*, zumo de naranja y pan de sésamo con algo de fiambre, protegido por las pérgolas invadidas de rosales, contemplando los rododendros maduros, los espléndidos cedros del Líbano y las plantas trepadoras envol-

viendo un santuario para pájaros. Pide un periódico al camarero y lo ojea con interés y sin prisa. El mundo se desmorona y a nadie parece importarle. Se había inaugurado una cadena hotelera en honor a los antipapas de la historia; Gregorio XVII, el Papa Clemente, daba nombre al primer hotel. La industria farmacéutica planeaba comercializar la bondad a corto plazo. Un científico había realizado un minucioso estudio sobre los fallecidos por caídas de rayo, llegando a una conclusión: lo merecían. Sube a hacer la maleta, con la esperanza de volver a ver a la camarera pelirroja, pero sólo encuentra a la gobernanta que, con un nivel alto de perfidia en sangre, le mira mal. Paga la cuenta y sale.

A Ludovic Sindone, alérgico a las gramíneas y a los crucigramas, lo que más le gusta de las ciudades es callejear sin rumbo hasta despertar el hambre; sigue a rajatabla la consigna de Jules Renard de *huir como de la peste de los principales monumentos*. Las calles están más animadas que el día anterior.

La ciudad de Alesia era conocida por sus fuentes termales y por la longevidad congénita de sus habitantes. Unos niños juegan a explorar el Amazonas en un jardín próximo. Le entrega una moneda a un músico callejero y éste le regala un hallazgo: *algunas canciones contienen respuestas*. Mirando las buhardillas de los edificios no puede dejar de pensar en artistas divorciados de sus musas dejándose morir de hambre por una idea. Un vagabundo, afectado por esa enfermedad que vuelve transparente el pasado, que tuvo mujer e hijos, secretario personal formado en la Universidad de Oxford y casa de campo con coto privado de caza, apura una colilla bajo la marquesina de un cine de Arte y Ensayo. Un centenar de personas alzan la vista hacia la sexta planta de un edificio de oficinas donde un anciano desnudo, que había soportado estoicamente trece fechas de ejecución en el pasillo de la muerte, amenaza con arrojarse desde la cornisa. Grita, con el fervor de los visionarios, que no puede conciliar el sueño desde hace diez días con sus noches y que ya no

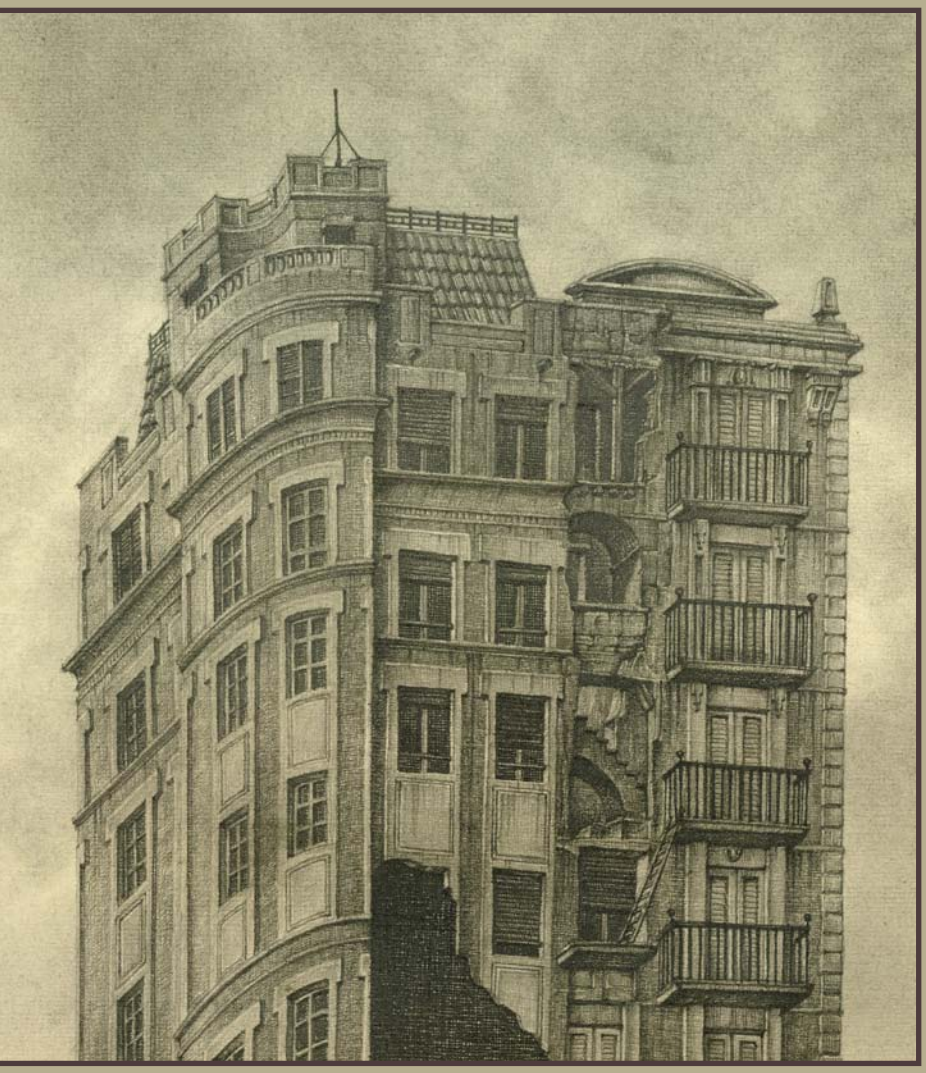
aguanta más. Y todo por el monstruoso ruido que hacen las termitas devorando las vigas del tejado. Sus ojos se vuelven de vidrio antes de saltar, pero Ludovic Sindone ya no se encuentra allí.

El mundo está trenzado de casualidades o de pequeños milagros, porque a la vuelta de una esquina, a escasos cien metros del Obelisco de los Cobardes, la encuentra:

los labios rojos,
los ojos grandes,
la elegancia visible e invisible,
los hombros diseñados para convertir un vestido de saldo en alta costura, Zelda Poulsen, el sueño de todo hombre libre. El corazón empieza a latirle desbocado, como si supiese algo que el cuerpo ignoraba. Los recuerdos, deportados en su mente a la Siberia de los que no regresan, afloran de las profundidades. Su temperatura aumenta en dos grados. Y, por un momento, es agosto en septiembre.

Pésimo estratega en las distancias cortas, Ludovic Sindone evita, por primera vez en su vida, los meandros innecesarios: suelta la maleta y la estruja entre sus brazos. Sigue oliendo a tarde de domingo entre las sábanas de una pensión. Se separan sin dejar de mirarse. Tiene una sortija de oro blanco en la mano izquierda. *Ya ha llegado la nieve al Fujiyama*, bromea ella refiriéndose a las canas que moldean su peinado, con esa voz de peligro y regaliz que nace quebrada de la garganta y que la hace parecer mayor, cuarenta años mayor. Le toca la cara con el envés de la mano, un gesto de otro tiempo, de una época convulsa de bombas y clandestinidad, de sexo trágico y militancia, y luego se toma una licencia para sonreír. Cuando el silencio comienza a hacerse incómodo se despiden, dejando en suspenso las preguntas importantes (viaje de placer o de negocios, casado o soltero, perseguidor o perseguido), con la promesa de verse en un restaurante, unas horas más tarde.

Aunque en realidad son dos, el Hotel Vällim y el Hotel Tzmisce parecen formar parte de un mismo edificio. Un edificio de piedra gris y de estilo neogótico, construido sobre las cenizas de un convento, cuyo armazón se divisa a varios kilómetros de distancia, como un olivo viejo plantado en mitad de una tarta. Los clientes de ambos hoteles conviven año tras año con los andamios, los obreros y el polvo, ya que el edificio está perpetuamente en obras por culpa de los directores que los gestionan, jugadores compulsivos que apuestan a los dados, el uno contra el otro, al caer la noche; según las rachas de suerte, sus hoteles ganan o pierden habitaciones. *Sacar el cinco deseado en el tapete de terciopelo verde y ver la cara de tu enemigo, hundido, desesperado, queriéndose morir, sólo es comparable a tocar el piano a cuatro manos con una desconocida después de haber intercambiado fluidos sobre un chaise longue*, confiesa a sus íntimos Bernard Binoux, director gerente del Hotel Vällim.



Ludovic Sindone atraviesa la entrada del Hotel Vällim. Una jauría de abogados de países neutrales, (aunque de todo el mundo es sabido que no existen los países neutrales), fríos como mausoleos, capaces de extraditar a la tierra al arcángel San Gabriel para juzgarle por sedición, se registran en el hotel antes de encerrarse diez horas en un despacho a redactar el testamento de un sultán o a lavar el dinero sucio de un narcotraficante. Una oleada de desprecio nace en su interior. *Esa gente sólo utiliza el corazón para bombear sangre*, piensa. Pide una habitación, pero el recepcionista, con unos mofletes tan desarrollados que bien podrían haber pasado treinta años soplando vidrio en una fábrica o una trompeta en un club de jazz, le comunica que el hotel se encuentra completo. En el Tzmisce tiene más suerte. Con un aire de psiquiátrico de la clase alta, arrastraba una leyenda negra debido a la cantidad de accidentes que se produjeron durante su construcción, su estructura de hierro provenía de un botín de guerra: miles de espa-

das ensangrentadas y cientos de cañones fundidos. Bajo la bóveda del vestíbulo cuatro sillones Luis XVI de imitación acompañan a las veintiuna ilustraciones que William Blake realizó para el *Libro de Job* y a una vitrina *Art Decó*, de bronce y cristal, que contiene incorrupto el ramo de rosas rojas que Howard Hughes envió a Ava Gardner, *el animal más hermoso del mundo*, por su veintisiete cumpleaños; estuviera donde estuviera el excéntrico multimillonario se las arreglaba para hacerle llegar un ramo con sus iniciales escritas en una tarjeta: H. H. Desde que la Princesa Anita Delgado y el Maharajá de Kapurthala, casados a los diecisiete y treinta y cuatro años respectivamente, lo pidieran en su luna de miel y debido a los numerosos *famosos* y personajes ilustres que se alojan, el Hotel Tzmisce ofrece a sus clientes, además de peluquería y masaje corporal con aceite de adormidera, un servicio de disfraces para evitar a los molestos paparazzis y a las nubes de curiosos que se arremolinan a la entrada.

La sala, de suelo ajedrezado, desemboca en una escalinata de mármol con barandilla de madera enrejada, rematada con diez bustos de filósofos griegos. Ludovic Sindone cree reconocer a Sócrates, auque apenas le presta atención: Zelda Poulsen ha abierto una puerta y ahora los recuerdos entran sin llamar. Un ascensorista, al que dejó sordo la escarlatina, imprescindible para manejar una maquinaria compleja y obsoleta, con visera y unos dedos recubiertos de esa membrana que permite volar a los murciélagos, le deposita en la cuarta planta. Recorre el pasillo enmoquetado con forma de ele y alcanza su habitación. Enciende un cigarrillo y, sin levantar las persianas, se deja caer en la cama de matrimonio, arrojando contra la pared su reloj suizo: Ludovic Sindone necesita desesperadamente que el tiempo pase rápido.

Zelda Poulsen se presenta a la cena con un vestido tan escotado que deja al descubierto el mapa de la China comunista y la parte oculta de la luna.

Se besan en la mejilla. La sortija de oro blanco ya no está allí. El camarero les guía hasta un reservado. Un biombo con escenas de caza les separa del resto de los comensales; los farolillos de papel le dan un ambiente íntimo y las velas aportan el misterio necesario para que sucedan cosas. Piden una ensalada vienesa para el centro, unas brochetas de carne de res con salsa de ciruelas y una botella de absenta de su marca favorita. La conversación fluye con normalidad. Sigue siendo una de esas mujeres que ensanchan el mundo. Brindan por los viejos tiempos, por los héroes muertos y por las excomuniones. Ludovic Sindone agradece profundamente que no saque a relucir el *Informe Malatesta*. En un arranque de nostalgia, con premeditada naturalidad, busca sus labios rojos. Y el hada verde de la absenta hace el resto. Ella no ofrece ninguna resistencia, tan sólo se separa un instante, como preguntando si están haciendo lo correcto. *Vivir es tener la posibilidad de recaer; los muertos no se equivocan*, le contesta mentalmente. Y vuelve a besarla.

Construido sobre las cenizas de un antiguo convento, el imaginario popular asegura que las novicias se aparecen en el Hotel Tzmisce formando pequeños grupos al caer la medianoche, avergonzadas, silenciosas, renengando de su vocación, ciegas de odio hacia un Dios que no quiso protegerlas de las llamas. A Zelda Poulsen y a Ludovic Sindone les hubiera gustado contemplar sus figuras ectoplasmáticas pero, borrachos de absenta y de deseo, cierran la puerta sin mirar al fondo del pasillo.

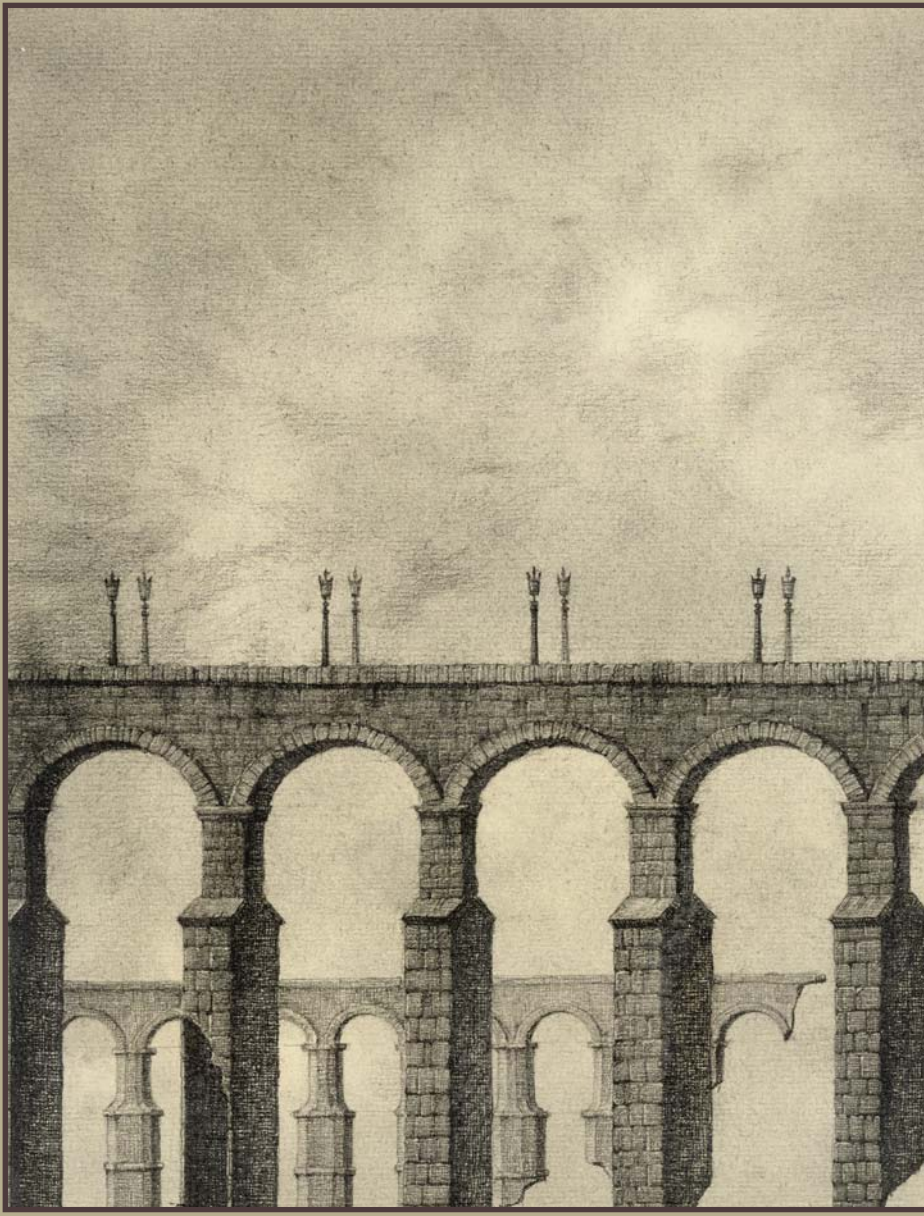
Cuando despierta al alba, ella se ha marchado. Sin promesas. Sin notas de despedida. Sin falsas esperanzas. En el ideario de Ludovic Sindone está más justificado profanar una tumba que un recuerdo. Durante largo tiempo abrazará a Zelda Poulsen, una Zelda Poulsen que muy pronto llevará un hijo suyo en las entrañas, bajo una manta, desnudos y felices, escuchando la extraña percusión de las tortugas clérigo golpeando los tejados. Nadie le puede quitar eso.

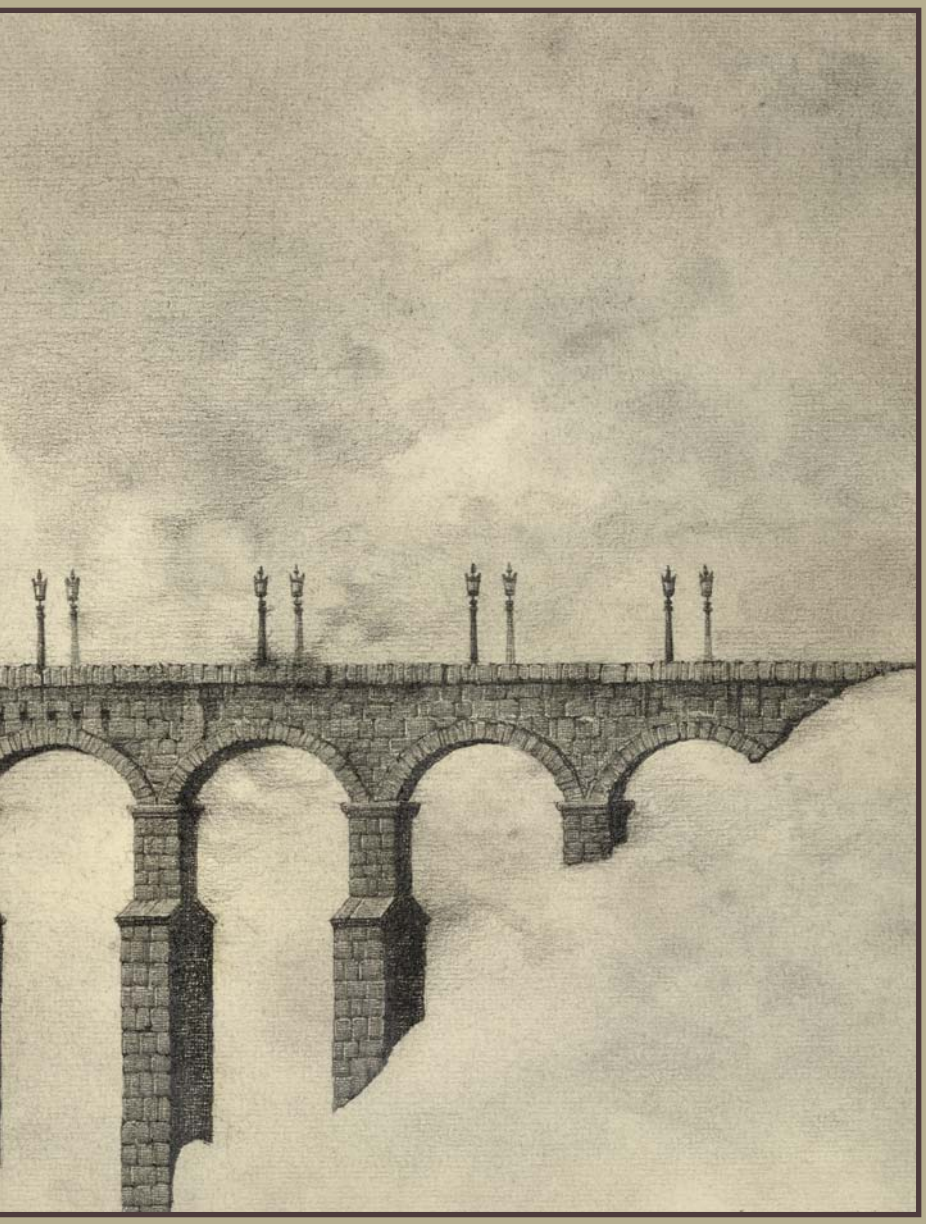
Con la piel marcada y oliendo a ella, decide bajar a desayunar; al dejar la llave en recepción vuelve a sentir el pálpito, el mismo pálpito de siempre. *Un telegrama, Señor*. Antes de abrirlo ya conoce el mensaje. El papel, todavía caliente, se parece mucho a su partida de defunción. Lee:

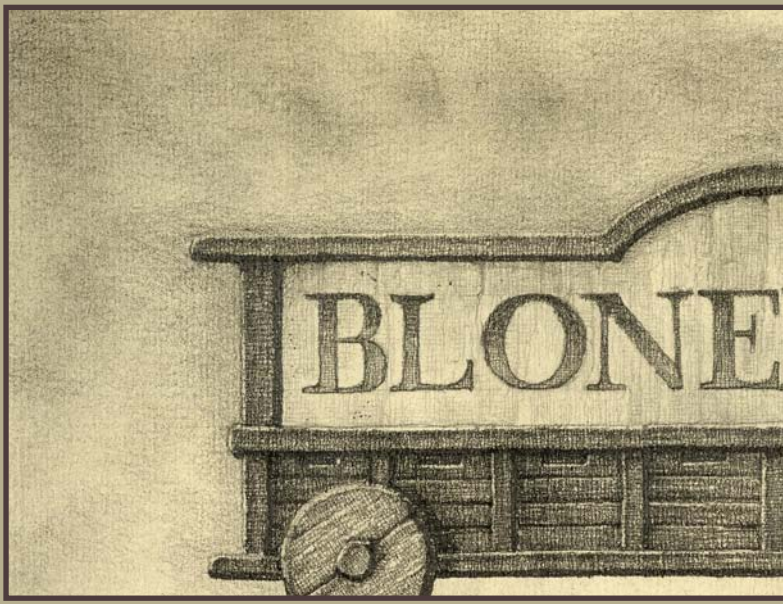
HAS RESUCITADO. DESAPARECE

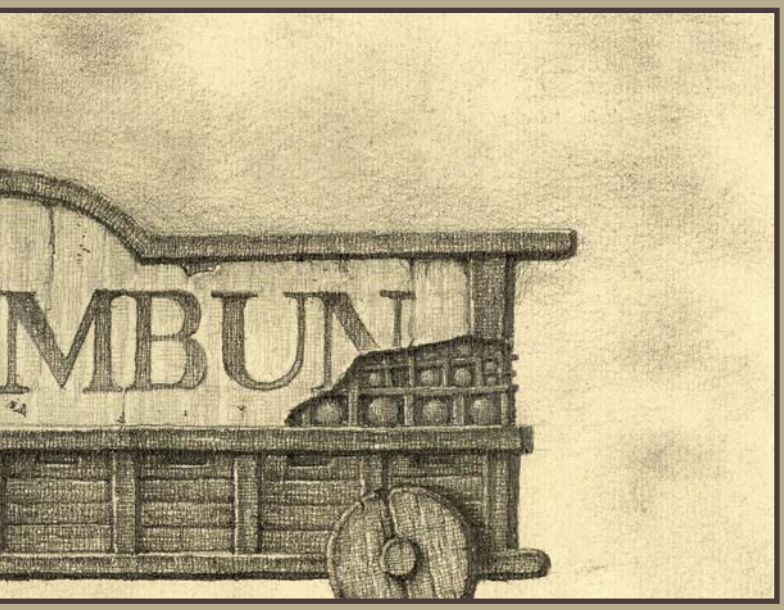
Acaricia la culata de su pistola cargada y se pierde por una puerta de servicio.

La niebla avanza sobre Alesia, primero cubriendo los puentes y luego todo, anota en el cuaderno de viaje Ludovic Sindone antes de abandonar la ciudad.






BLONE


MBUN

*****

LUDOVIC SINDONE pasa la noche en vela, recorriendo la lista de enemigos y la de amores fugaces, en el compartimento vacío de un tren con destino a Blonembun. La voz del revisor le anuncia la llegada. Se pone en pie para desentumecerse, retira el vaho del cristal y allí están, olisqueando los trenes bajo la marquesina de uralita y hierro, desaliñados, vestidos, en algunos casos, tan sólo con el pijama o el camisón, la hiperactividad de la mente frente a la apatía del cuerpo, los ojos fijos en las hileras de vagones cargados de libros, como guardabarreras dando paso con un farol invisible. Cuando el tren se detiene, Ludovic Sindone desciende por la escalerilla metálica (su equipaje ha quedado en Alesia). El reloj de la estación marca las cinco y cinco de la mañana. Taciturnos, metódicos y alterables, de naturaleza callada y acusado narcisismo, gafas redondas de gruesos cristales que les aumentan los ojos hasta la parodia, pro-

tagonistas de una ópera bufa sin argumento, acuden, renunciando a todo, como si la vida ordinaria les diese náuseas, al reclamo de las cien librerías de viejo instaladas en Blonembun, abiertas los siete días de la semana. Conforman una hermandad de fanáticos de los libros raros, nómadas con un sistema teosófico propio a la búsqueda de datos, noctívagos enfermos de bibliomanía que, como escribió Pío Baroja, es una enfermedad incurable: encontrar el libro soñado les genera una adrenalina similar a cazar un ángel o a ser abducidos por una luz del cielo; un éxtasis en racimo que dura el tiempo de una pluma al caer. El mes ha sido largo y lleno de tesoros. Ejemplares de *Anticlaudianus* de Alain de Lille, *Sobre los dioses* de Protágoras de Abdera, del *Canon* de Avicena, del *Tratado de Alquimia* del Conde de Saint Germain, la versión de *Une ville flottante* de Julio Verne, publicada en *Journal des débats politiques et littéraires* en 1870, de *Periplo del Mar Rojo* de Agatárquides, una primera edición autografiada de *El conde de*

Montecristo de Alejandro Dumas, *El puzzle blanco* de Duncan Madox, *De medicis simplicibus* de Mateo Plateario, del Diario de William Hodges, de *Historias de las provincias del Santísimo Rosario de Filipinas, Japón y China* del dominico Diego Aduarte, de un testamento apócrifo titulado *Bajo los ojos de Dios* de Leonardo Da Vinci, de *El libro de los cambios* de Epicuro de Samos, del *Corpus Hipocraticum* de Galeno o del enigmático *Códice* de Arundel, además de algunos volúmenes de la biblioteca de Alonso Quijano, han sido recuperados. Se rumorea que el auténtico *Necronomicon* de Abdul Al-Hazrad y su traducción al griego de Theodorus Philetas y el *Tratado del Equilibrio Imposible* de Laszlo Blumberg pueden llegar en un próximo cargamento. Solteros a perpetuidad, incapacitados para la vida en pareja, contemplan, con la fascinación del soldado raso que no puede dejar de mirar las varices del general, el beso de dos jóvenes apoyados en una máquina de coca-cola, uno de esos besos cicatrizantes, de reconciliación, que terminan en

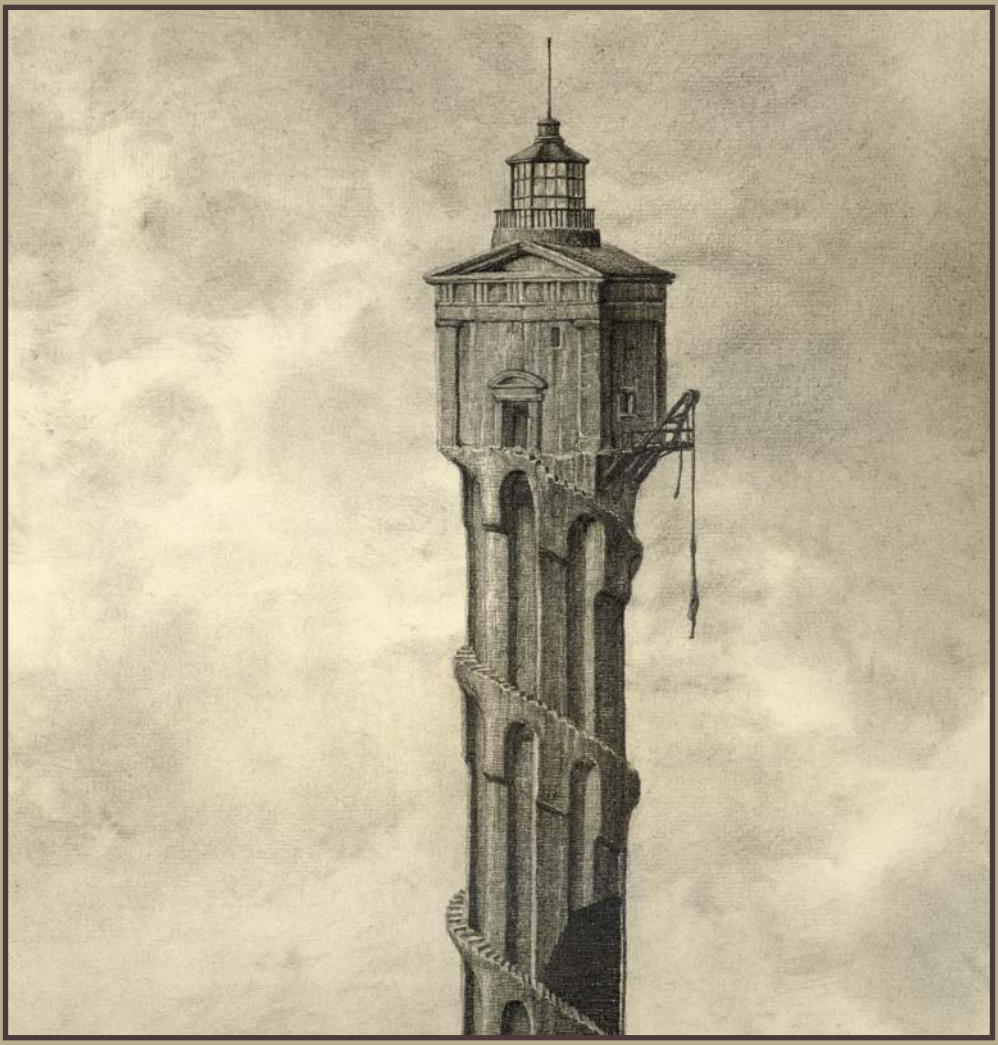
la parte trasera de un coche prestado o en los asientos arrancados de un cine. *El conocimiento*, reflexiona Ludovic Sindone, *genera tristeza*. Una tristeza en pulgones que los bibliomaníacos se encargan de alimentar mirando el vientre plateado de las estrellas y pidiéndoles un poco más de lo de siempre.

Los que, rendidos por el cansancio, consiguen conciliar unas horas de sueño, despiertan con los ojos llenos de libros; el resto vela un cadáver sin rostro, merodeando por las calles con las manos en los bolsillos, insatisfechos, atacados por la ansiedad, como paracaidistas que nunca alcanzásen el suelo. Debido a los sustos de muerte que provocan a los repartidores de periódicos, que los confunden con violadores y asaltantes, las autoridades han optado por asignarles un cascabel de iridio, de uso obligatorio. Ludovic Sindone imagina a una muchedumbre arrojándoles piedras y azuzando los perros a su paso: *son los nuevos judíos y ésa es su estrella de David.*

El olor a higos reventados por el calor le embota el cerebro. Los dos hoteles (Albatros y Maelstrom) se encuentran en la zona antigua, equidistantes a la estación, y hay que cruzar los arrabales para llegar a ellos. Blonembun es una ciudad de casas bajas al borde de la ruina, construidas con frágiles tabiques de conglomerado de pino, ventanas con tela mosquitera, porches de tarima y jardines asilvestrados con cercas a medio pintar. Planificada desde un urbanismo cobarde, los camiones frigoríficos del matadero atraviesan la ciudad en vez de circunvalarla, de día y de noche, atropellando a su paso a todo tipo de mascotas y salpicando charcos de aguas ferruginosas de los socavones en el asfalto. Sus habitantes tienen la sangre tan mezclada que pertenecen a todas las razas y a ninguna. En el patio trasero de una casa, un columpio se balancea como si alguien acabase de abandonarlo.

Pegados a las farolas, los carteles de mujeres desaparecidas rezan: *¡Ayúdanos a encontrarlas!* En la Avenida de los Pecados las prostitutas, per-

fumadas de melisa y mala suerte, hablan con los maniquís de los escaparates y se suben las medias rotas fumando como Lauren Bacall en la consulta del dentista. Ludovic Sindone rechaza sus servicios con una sonrisa. El faro se yergue sobre Blonembun y le proporciona un ambiente de ciudad portuaria sin puerto, de ciudad marítima sin mar; resulta muy necesario para la gente que anda perdida. En el faro vive un inglés deforme, con el cráneo holgadamente mayor que la cintura, la piel gruesa, macilenta y poblada de cráteres y salientes, y una protuberancia carnosa en forma de trompa que se proyecta desde la nariz y el labio superior. Construye maquetas de catedrales góticas, escribe largas cartas a actrices de teatro y toca el fiscorno ante el retrato de su madre muerta, pisoteada por un elefante en su sexto mes de gestación.



El Hotel Albatros, concebido como una gran caja de música, es un antiguo palacio racionalista de estructura rectangular, adquirido en una subasta y trasladado, piedra por piedra, desde Grenoble, en Francia. Posee un salón de té para seiscientas personas, una escalinata de alabastro endurecido al fuego y un *solarium* acompañado de un invernadero con un estanque triangular donde permaneció, por más de una década, una extraña criatura comprada en una feria ambulante y bautizada como *Azarquiel*: un ser petrificado en un suspiro, sin ojos ni boca, de un color bermejo oscuro, vivo en su absoluta inmovilidad, como una ínsula varada en mitad del estanque.

A la entrada, en rutilantes letras de oro, una frase en latín da la bienvenida al viajero: INTER FAECES ET URINAM NASCIMUR (Entre heces y orina hemos nacido). El escritor mexicano de origen nicaragüense Guillermo Goussen recogió, en su novela *Vas al cielo y vas llorando*, algunas anécdotas de los tiempos de esplendor del Hotel Albatros: el maharajá de Rulagadh, que cazaba tigres de Bengala utilizando bebés humanos como cebo, invitó a más de cuatrocientas personas a la boda de su perra favorita, *Duna*, una *collie* de dos años, con su adiestrador, un australiano aburrido de canguros; Lord Byron, durante un terrible dolor de muelas, destrozó la *suite*, llamada hasta entonces, *de los espejos*; el cineasta Luis Buñuel tuvo que recurrir a los amigos para pagar la cuenta y, gracias a un número premiado en la lotería, el maestro y pedagogo oscense Ramón Acín pudo enviarle dinero para salir del paso, además de producirle su película *Las Hurdes, tierra sin pan*; Clement Ader, un ingeniero francés, precursor de la aviación, con-

siguió volar trescientos metros con la máquina de su invención *Eolo*, antes de estrellarse contra las cristaleras barrocas del comedor; el poderoso Sam Giancanna, una de las cabezas pensantes de la Mafia, dirigió desde el *Albatros* la campaña que llevó a John Fitzgerald Kennedy a la Casa Blanca; el biólogo y mecánico Werger Adullam cruzó con éxito, salvo por una pequeña disfunción que convertía las alas en vestigiales, no aptas para el vuelo, su automóvil con la *Victoria de Samotracia*;

Edith Piaf cantó en los pasillos Lili Marlene para que su joven amante la perdonase y luego entró en una crisis nerviosa; o Woody Allen, en otros, que mandó llamar a un rabino a las tres de la madrugada con el ánimo de probar un chiste antisemita en el que estaba trabajando.

Nada más traspasar el umbral, a Ludovic Sindone le viene a la mente un poema de Charles Baudelaire:

> A menudo, por divertirse, los marineros
> cogen albatros, grandes aves del mar,
> que siguen, indolentes compañeros de viaje,
> al navío surcando los amargos abismos.

Un hombre de mediana edad pide a gritos el libro de reclamaciones. Se lo entregan y, tras llenar varios renglones de quejas, se marcha con el rostro congestionado. El recepcionista, de nariz oblonga y un mechón blanco engarzado en mitad de la frente, le da los buenos días y justifi-

ca la escena explicando que, desde que murió su mujer al atragantarse con una fresa en su aniversario de boda, monta el mismo escándalo todos los meses. Le entrega la llave de una habitación en el ala este, la más solicitada por los enfermos de bibliomanía: desde allí se puede contemplar la llegada de los trenes.

Tras caminar por angustiosos corredores de linóleo color mostaza y sortear camareras de planta empujando carritos con zapatos y trajes planchados, llega a su habitación. Ludovic Sindone cierra las contraventanas, apartando las cortinas de algodón y muselina, coloca la pistola sobre una Biblia y se duerme entre sábanas acartonadas que huelen a estupro. Sueña con el *Informe Malatesta*. Una vez más.

Se despierta a la hora de comer con el intenso teclear de un escritor de novela histórica que, por contrato, debe entregar treinta y cinco páginas diarias. Fuma en pipa, ensaya dedicatorias con una

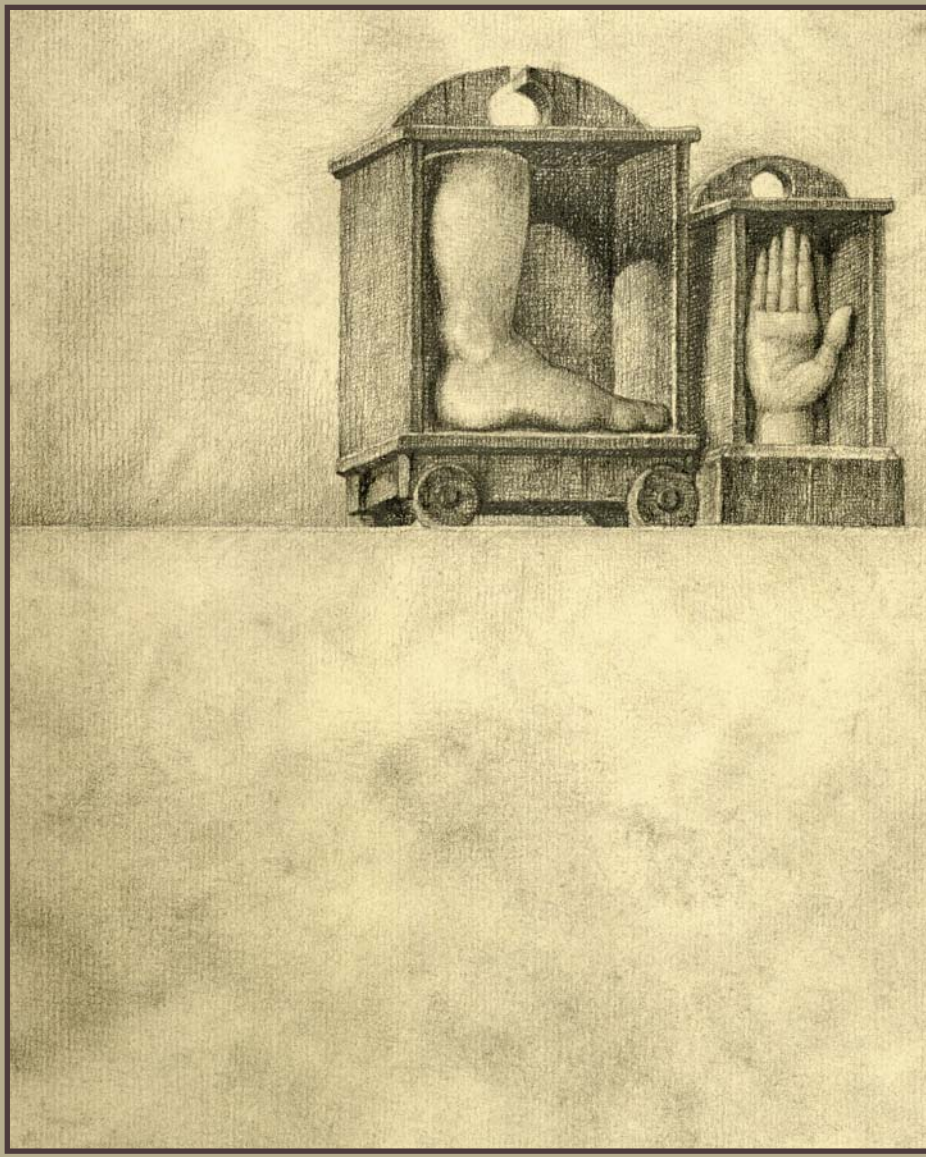
pluma estilográfica de coleccionista y hace tiempo que olvidó el *leitmotiv* de la historia: lo importante es terminar a tiempo el monstruoso manuscrito de mil quinientas páginas de literatura vacua, delicuescente y florida. Ludovic Sindone se masturba en la ducha pensando en el *striptease* de una viuda de su infancia. Se mira en el espejo y se ordena el pelo con las manos; confía en que la barba le oculte muy pronto las facciones. Se pone la ropa del día anterior, todavía con el cuello de la camisa manchado de carmín, y se dirige al restaurante del hotel. Al salir, choca con un mozo de planta que sube hielo en una cubitera de alpaca. En el vestíbulo, un anciano abre la correspondencia con un abrecartas de hueso; al pasar por su lado, se fija en que uno de los sobres lleva un sello papal y otro un anagrama con tres flores de lis. Una mujer lee con espanto una novela titulada *Rompiendo corazones con los dientes*.

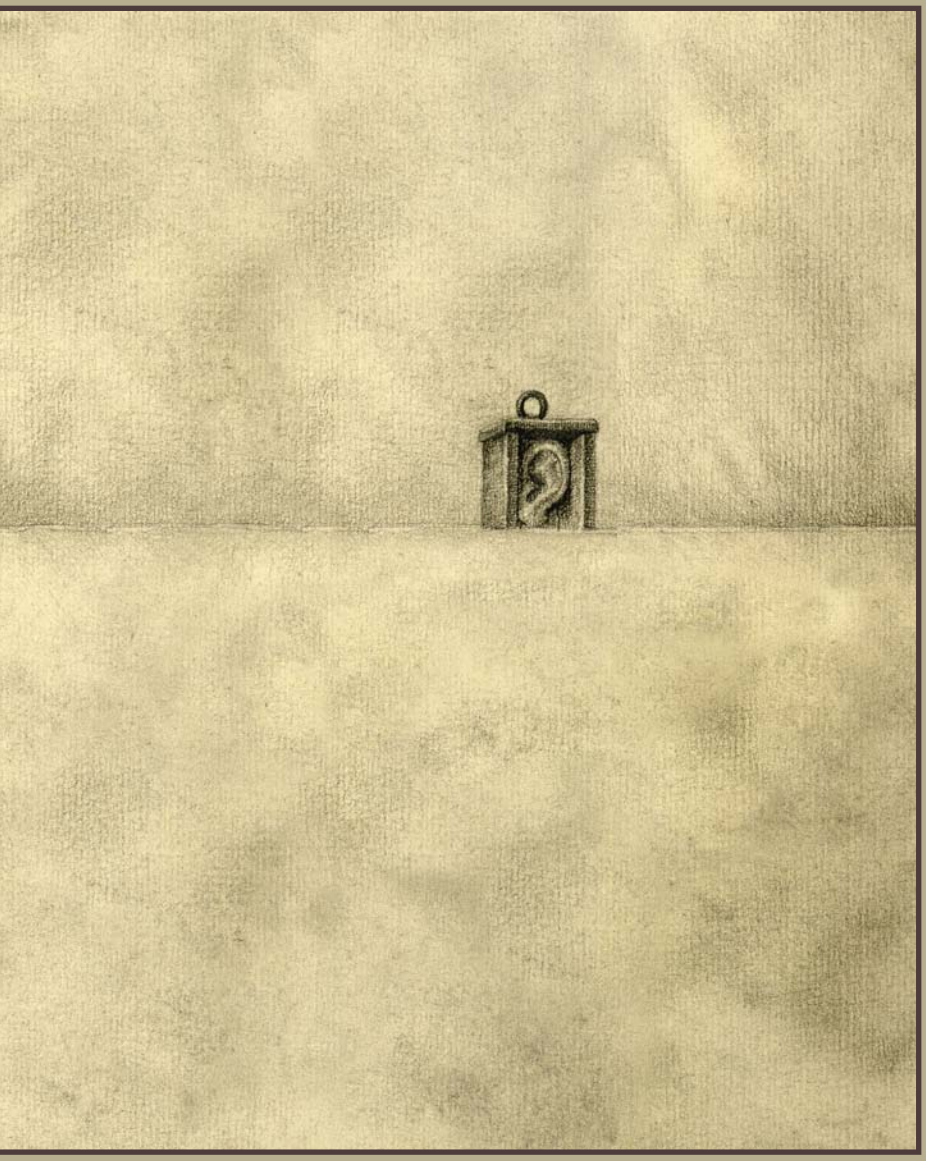
El restaurante, de cinco tenedores, ofrece una carta combinando la comida tradicional y la

nueva, además de acompañar un extenso listado de vinos del mundo. Pide un flan de arroz aderezado con trufa blanca, piñones y setas del tiempo y un *Château d´Yquem* de 1806 que sobrevivió a un naufragio en la Costa de Morte. El apetito mejora el disfrute de los alimentos y Ludovic Sindone tiene un apetito voraz. Mientras espera que le traigan la cuenta un hombre con acento portugués, que se presenta como Ricardo Reis, le dice desde una mesa próxima: *¿Sabe? Los albatros son aves oceánicas. Pueden llegar a medir tres metros y medio de envergadura. Sólo ponen un huevo. Comen peces y medusas y pasan parte de la noche, con la cabeza bajo el ala, durmiendo sobre las olas. Debe ser algo bonito dormir sobre las olas.*

Hay una cita de Robert Burton que dice que *ahí donde Dios pone un templo, el demonio levanta una capilla*. Y esa capilla se encuentra en los sótanos del Hotel Albatros: una cueva oscura y claustrofóbica donde desear estigmas y crucifi-

xiones, implorar perdón o consejo, rogar por los vivos y los muertos, anular el mal de ojo o proteger cargamentos de cocaína. Un camino de velas guía a peregrinos y curiosos por una catacumba que desemboca en la capilla; algunos hacen el camino de rodillas y sollozando. La humedad conserva en perfecto estado los exvotos que se depositan diariamente: figuras de cera, ojos de vidrio, mechones de cabello adheridos a fotografías, brazos tallados en madera, retablos de vírgenes paganas, ídolos de barro, libros de escayola, rosarios manchados de sangre, dientes de leche, esqueletos de animales, hígados de metal, muñecos de santería… todo está permitido.





Blonembun es un lugar como cualquier otro para esperar el invierno. Un padre camina con su único hijo cogiéndole del hombro, henchido de orgullo, con grandes planes para el futuro, haciéndole comentarios soeces de cada chica que pasa por la acera, sin saber que nunca le dará nietos y que al día siguiente se fugará con un paleontólogo veinte años mayor. Y esta vez el hijo pródigo no regresará. Como es domingo la gente se dirige al *Culto de los Misterios de la Noche*, iglesia comandada por un enigmático niño de canas plateadas y ojos violetas; desde que llegó, el fervor religioso ha aumentado considerablemente. *Todas las religiones ambicionan su trozo del pastel*, sentencia. Al cruzar la calle, un camión frigorífico apunto está de atropellarle. Una de esas mujeres con propensión al llanto, que abusan del maquillaje y de la sonrisa para disimular, le pide fuego frente al escaparate de una librería. Una terrible inquietud se apodera de Ludovic Sindone. *Me están siguiendo*, piensa. Y siente el impulso de esconderse. Paranoia o

no, entra en la librería, situándose a un lado, con la mano acariciando la pistola, sin darse cuenta que el librero le mira con curiosidad; no termina de ubicarlo entre su clientela de mamíferos extraños y egoístas. La luz de septiembre se cuela a través de una claraboya. Antes verlos, escucha sus cascabeles de iridio. Se mueven entre los pasillos arrastrando la malaventura, sin estorbarse, como mineros a la búsqueda de una buena veta, con demasiadas pulsaciones en reposo, respetuosos con el trabajo de campo de sus adversarios; la infusión amarga de la envidia vendrá después. Las ansias de controlarlo todo han degenerado en un estrabismo severo ampliado cruelmente por los gruesos cristales de sus gafas. A Ludovic Sindone le conmueve la delicadeza con la que toman los libros de los estantes, una delicadeza que roza el sacramento, y la humildad con la que los devuelven. Libros que calzaron muebles de traperos y decoraron despachos de contables. Libros rescatados de naufragios y de escombreras. Libros sustraídos

de mansiones decadentes. Libros hallados al derribar muros de abadías, que parecen contradecir al poeta Benjamín Prado: algunos libros son más hermosos que la vida. O por lo menos de esa vida lúgubre de los enfermos de bibliomanía, que paladean sus páginas en un nirvana intelectual del que sólo descienden a la hora del cierre. Más tarde, en la habitación del hotel, entre sus cuatro muros de las lamentaciones, boquean atormentados, hiperventilando, como si les faltase el aire, por la terrible negligencia de no haber revisado el quinto estante de un determinado pasillo. Eso les provoca ataques de flato y taquicardias, ansiedad y neurosis de madrugada. Los que se rinden, cuando el oficio de esperar se les hace insoportable, se quitan de en medio con sobredosis de barbitúricos o se cuelgan con sus cinturones de las higueras centenarias, convirtiéndose en mártires de la causa. El resto moja la cama soñando con los 700.000 manuscritos de la Biblioteca de Alejandría. Ludovic Sindone estira el brazo y toma uno al azar.

Las tapas, mohosas, con urdimbre de tela vieja, están seriamente dañadas. Se trata de un ejemplar de *Summa Daemoníaca* de J.A. Fortea, un manual de demonología y exorcismos con un centenar de ilustraciones de O.S. Decide comprarlo. *Es curioso*, le dice el librero al guardar el billete en la caja registradora. *Este tipo* (señalando a un hombre de baja estatura con la piel apergaminada y el cabello ceniciento) *colecciona libros de anatomía; es toda una eminencia en el tema. Su biblioteca es la más completa del mundo civilizado. Pero nunca ha visto a una mujer desnuda. ¿Cómo hacerle entender que los esquemas, las fotografías y los dibujos no sirven para nada? ¿Cómo explicarle que para saber algo de un cuerpo humano hay que tocarlo, olerlo, soñarlo? Están todos locos. Una vez le pregunté a uno de ellos que, si tuviese que elegir, a quién salvaría entre una librería en llamas y una guardería en llamas. ¿Sabe qué me contestó? Que no parecía muy complicado hacer niños y que, sin embargo, había libros que nunca podrían reponerse. Están todos locos.*

Le apetece tomar una copa. Un niño le describe a su madre el ser espantoso que ha visto en la alcantarilla; la madre intenta tranquilizarle sin conseguirlo. Encuentra un bar en los bajos de un edificio donde una pintada asegura que *la policía está ciega*. Es un bar sin cartel y, por lo tanto, sin nombre. Cuatro tipos con camisas de franela remangadas hasta los bíceps, que utilizan el razonamiento aristotélico para rascarse la espalda, dejan pasar el tiempo con una cerveza entre las manos. Han perdido la juventud, el momento de comerse la vida a dentelladas. Ludovic Sindone deduce que son trabajadores del matadero y que, como el resto del mobiliario, regentan el local en sus horas libres. Comentan el ahogamiento de una estanquera muy conocida en Blonembun; la han encontrado esa misma mañana, flotando en un remanso del río como un espantapájaros. Ludovic Sindone imagina una nube de libélulas sobrevolando su cuerpo hinchado. Pide un Pernod y escribe en su cuaderno de viaje: *hoy es una de esas tardes en las que*

podría batir el récord de dieciocho vasos de whisky que llevaron a Dylan Thomas a la muerte. La puerta se abre enérgicamente y un hombre de aspecto atractivo con un cigarrillo rubio colgado de la comisura de los labios y portando un maletín rectangular de cuero negro se adentra en el bar sin nombre. Viste un traje sobrio, fuera de la dictadura de la moda, hecho a medida, zapatos lustrados con betún y gafas de pasta. No es ni alto ni bajo. Mirando a la barra, hace un ademán de ir a la mesa de billar americano. El camarero enciende la lámpara, que tarda unos segundos en iluminar el tapete verde, accionando un interruptor próximo a la máquina de café, y recibe como premio una sonrisa sempiterna que desprende seguridad. El hombre del traje sobrio enfila sus pasos hacia el billar con una mueca en el rostro que denota gran concentración. Desabotona la chaqueta con dedos de acordeonista o de experto trilero, la cuelga en la percha y abre el maletín. Ludovic Sindone y el resto de los parroquianos siguen sus movimientos con

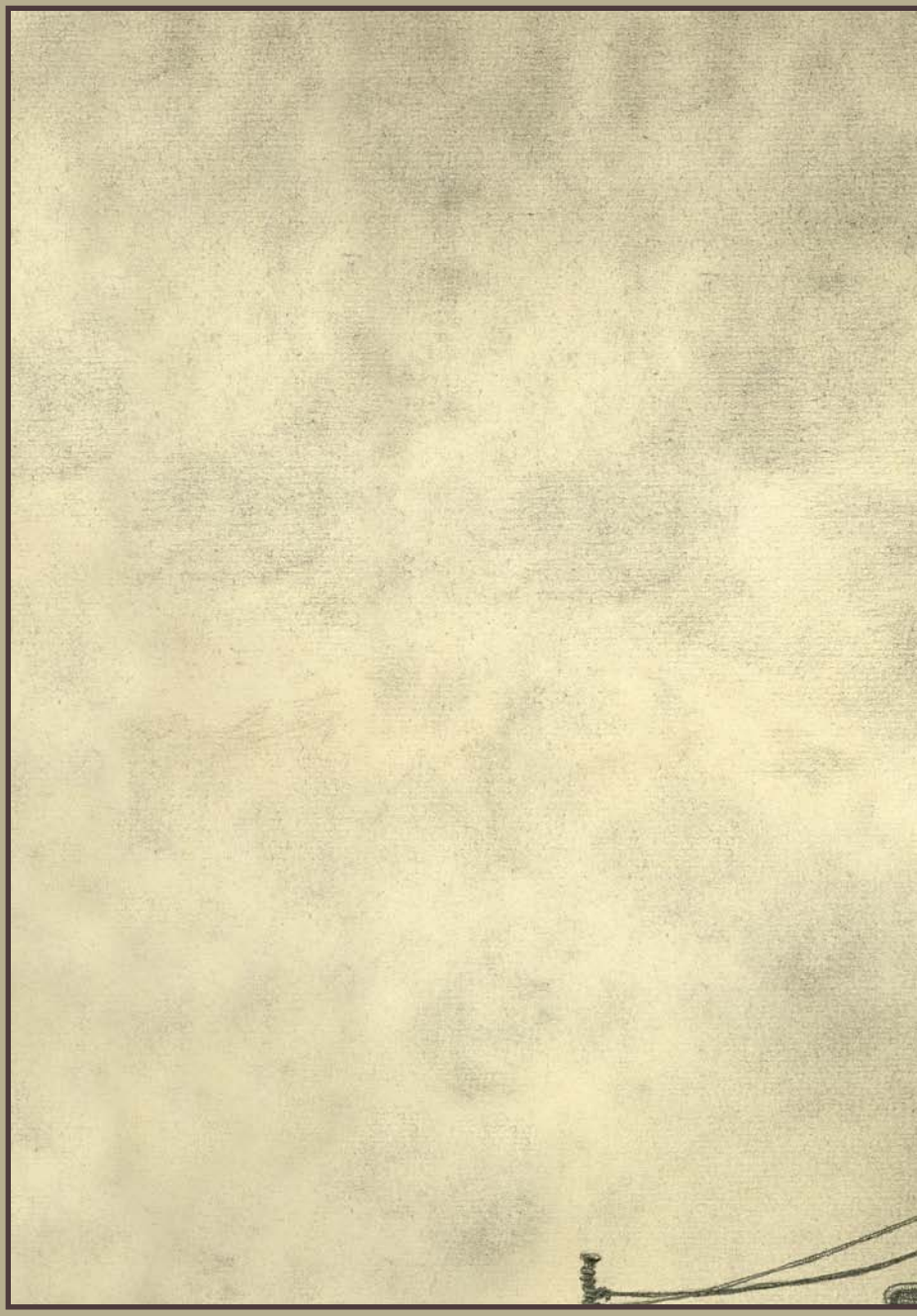
interés, como si tratasen de comprender el argumento de una obra de marionetas vietnamitas muy complicada. Del maletín extrae un taco en dos piezas, de serie limitada, marca *Cuetec*, con empuñadura de lino irlandés, culata brillante y antebrazo en madera de arce. Lo monta lentamente, a golpe de muñeca, con los párpados cerrados. Frota la tiza azul. Coloca las bolas. Flexiona las piernas y da comienzo a la exhibición, dedicándoles una mirada que viene a explicar que, tarde o temprano, el talento abandona al que no practica. Ludovic Sindone y el resto de los parroquianos del bar sin nombre se acodan en la barra con la mirada fija en la mesa de billar, deseosos de que la partida dé comienzo. Están convencidos de presenciar el espectáculo de sus vidas. Y no se equivocan: tras ciento treinta y cinco intentos infructuosos de carambola, desde todos los ángulos y posiciones posibles que permite una mesa de billar, el hombre del traje sobrio desmonta el taco, de serie limitada, marca *Cuetec*, con empuñadura de lino irlandés,

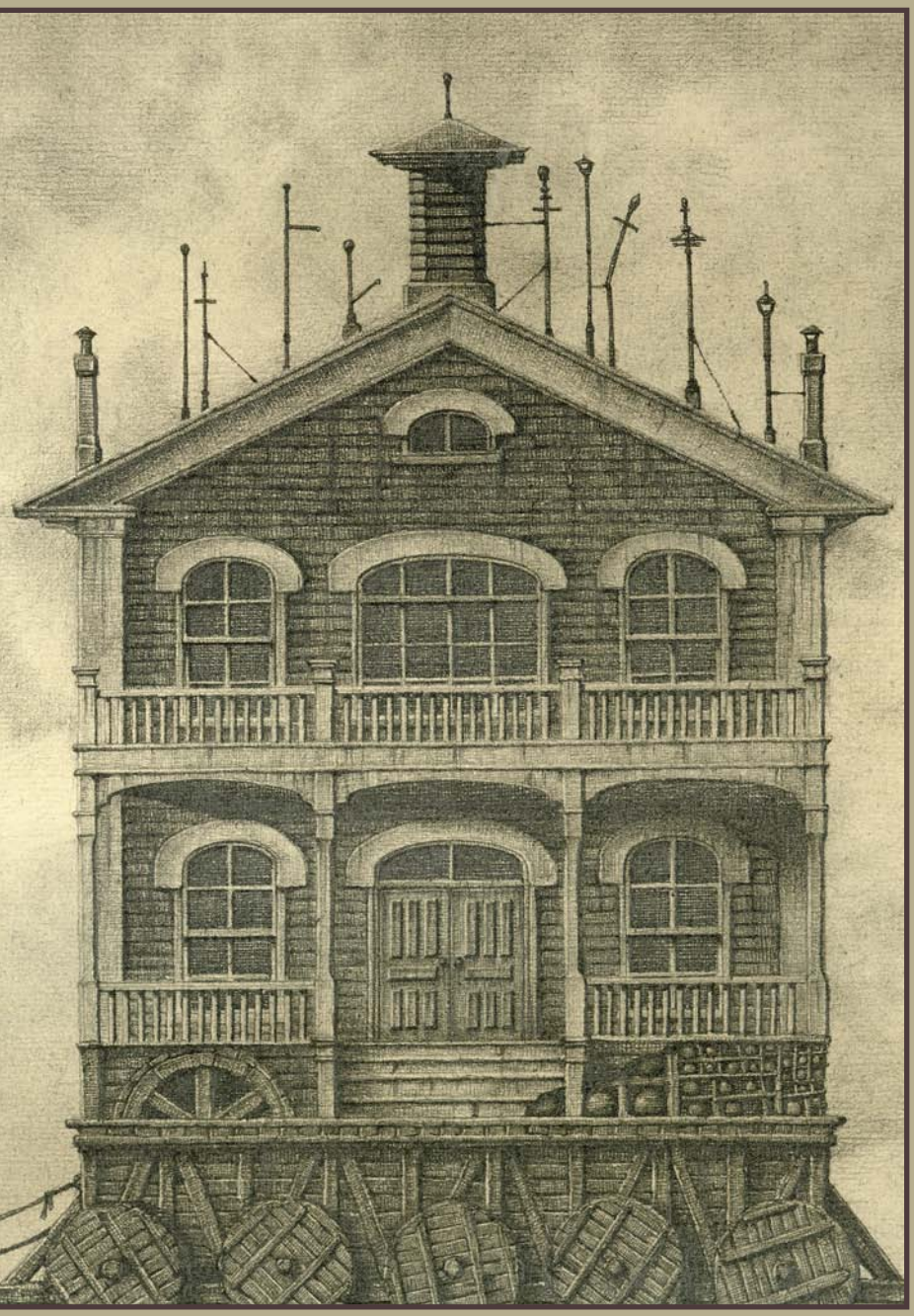
culata brillante y antebrazo en madera de arce, lo deposita en el maletín rectangular de cuero negro, se abotona la chaqueta con dedos de acordeonista o de experto trilero y sale del bar sin nombre con una carcajada que, Ludovic Sindone y el resto de los ocupantes, no olvidarán jamás.

Al día siguiente, Ludovic Sindone cambia de hotel. Construido con ladrillo esmaltado y madera, el Hotel Maelstrom se encuentra en la parte norte de la ciudad, en primavera y verano, y en la parte sur, en otoño e invierno. La historia del Maelstrom es la historia de un hombre caído que supo levantarse: Mario de los Santos. Hijo ilegítimo de un capataz del matadero, a la muerte de su madre fue acogido por una institución benéfica donde intentaron inculcarle, sin conseguirlo, el odio al prójimo y la violencia gratuita. Sobrevivió a todo, a las repetidas vejaciones de internos y funcionarios, a la poliomielitis y a la fiebre de los pantanos y, nada más alcanzar

la mayoría de edad se enroló en el *Grijalba*, un mercante de bandera chipriota que transportaba jaulas de bambú entre la exótica Puerto Princesa, Filipinas, y la decadente Nueva Orleáns. Mediados los treinta regresó a Blonembun con un proyecto y un capital para ponerlo en marcha: quería abrir su propio hotel. Pero las cosas no resultaron tan sencillas. La ciudad estaba en las manos de dos familias emparentadas que poseían el matadero, el Hotel Albatros y la mitad de las librerías, además de hacerse cargo de las casas embargadas y de poner o quitar políticos a su capricho. Cuando presentó la solicitud de apertura de negocio, decidieron pagar el atrevimiento de aquél *bastardo* redactando un decreto disuasorio por el cual el hotel no podría permanecer más de seis meses en un mismo lugar. Mario de los Santos no claudicó. Ante el estupor de la administración corrupta y los poderes ocultos, en vez de venirse abajo, compró dos solares, construyó un hotel con ruedas y lo bautizó como *Maelstrom*, en honor a esos remolinos del

Mar del Norte *que se lo llevan todo*. Al mismo tiempo, se casó con una mulata de sangre criolla, de nombre Mayra Su, ojos color madreperla, belleza impúdica rayana con la herejía, una auténtica catedral para los sentidos que volvía mudos a los rapsodas y habladores a los tímidos. Y nunca más volvió a estar triste.





En el momento en que Ludovic Sindone se registra, el Hotel Maelstrom está casi completo por la *Convención Anual de Hipnólogos y Mentalistas y la Convención de Micronaciones*. En los salones, decorados con guirnaldas de papel y pizarras móviles, se han habilitado varias mesas con café en termos y pastas caseras en bandejas, además de panecillos con fiambre y jarras de agua fresca. La *Convención Anual de Hipnólogos y Mentalistas*, en homenaje a Bohumil Hrabal, que falleció al intentar detener el avance del ejército del Reich colocándose ante el primer tanque que atravesó la frontera para infundir con la mente *que diesen la vuelta y regresaran*, había provocado el desconcierto en los girasoles, los relojes de pulsera y las brújulas; varios excursionistas no habían regresado. Los clientes no paraban de quejarse en recepción.

Por otro lado, la *Convención de Micronaciones*, en la que participan el Principado de Sealand, una ex plataforma marina usada como fuerte naval, de quinientos cincuenta metros cuadrados, a diez kilómetros de la costa de Esexx, en el Reino Unido, el Ducado de Avram, en Tasmania, la República de Minerva, en las Islas Fiji, el Principado de Seborga, en Italia, de catorce kilómetros cuadrados, trescientos sesenta y dos habitantes que se reúnen en una pizzería para tomar las decisiones de Estado, representados por Giorgio I, jefe de la cooperativa local de floricultores, el Principado de Marlborough, en Australia y la República de la Isla de Rose, en el mar Adriático, cuyo presidente, Arcadio Leos, acaba de adquirir el cuadro titulado *Holmes, Lowell y Longfelow yacen enterrados en Mount Auburn* de Richard Upton Pickman para la delegación del *Art Club* que abrirá sus puertas en breve. Aparte de soportar los comentarios de los clientes, que bromean con circos de pulgas, jardines de bonsáis y chistes de pigmeos, las

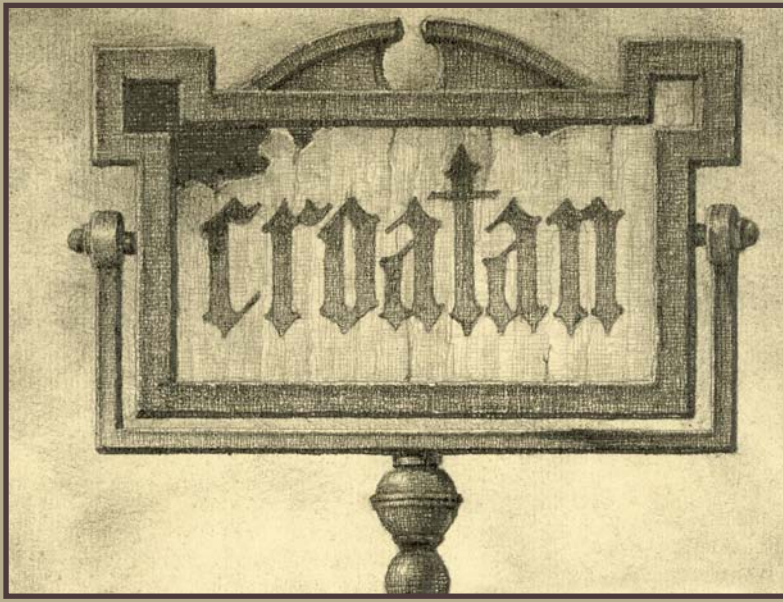
micronaciones conspiran en secreto contra los grandes países.

Al parecer nadie duerme en el Hotel Maesltrom. Se solidariza, primero asomándose al balcón y mirando a un faro interior donde cree distinguir una silueta deforme tocando el fiscorno, y después saliendo a dar un paseo. Deja el recado en recepción para que lo despierten a las siete de la mañana, pero le advierten del problema con los relojes causado por la *Convención de Hipnólogos y Mentalistas*. Las calles están desiertas. Camina despreocupado, admirando el código Morse de las luciérnagas, cuando el dispositivo de *peligro* se enciende milésimas de segundo antes de que una sombra traspase el quicio de un portal y le encañone con una pistola. *Camina y no intentes darte la vuelta; no volveré a repetirlo*, le dice una voz grave guiándole hacia un descampado. Es un profesional. Ludovic Sindone sigue sus instrucciones al pie de la letra. La fuga es improbable, intentar escapar le parece tan absurdo como

pescar una sirena en un lago y luego pedirle perdón. Pero la esperanza es una península que nunca termina de independizarse; si obedece quizá pueda tener su oportunidad.

El olor a higos reventados por el calor se mezcla con los efluvios de muerte del matadero. Su parte no domesticada le pide que oponga resistencia, que luche y que no suplique. El juicio ha sido rápido y le han declarado culpable. Piensa en la postura en la que quedará su cuerpo, en el orificio de entrada y de salida, en la masa encefálica desperdigada por el suelo. Piensa en flores azules sobre su tumba. Piensa en el caballo con tres pies blancos que montó en su décimo cumpleaños. Piensa en el hocico húmedo de un galgo infestado de piojos. Piensa en los ojos de Zelda Poulsen en el momento del placer. Y sobre todo piensa en el preciso instante en que dinamitó su pasado y se convirtió en un proscrito. Ha llegado el final, siniestro, como todos los finales, y no siente nada. Nada que no sea un

vacío que trepa desde el perineo hasta la boca del estómago. Los disparos sonarán como un acertijo sin respuesta. *Nos vemos en tu velatorio*, ironiza el sicario acercando el cañón a la nuca. *Y no manches demasiado la camisa, ya sabes lo que dicen: que el cadáver sangra ante su asesino*. En ese preciso instante un sonido de cascabeles le hace perder la concentración y Ludovic Sindone aprovecha para girarse violentamente y propinarle un codazo en la garganta que lo deja fuera de combate. Recoge la pistola y se queda mirando con ternura a esas figuras de ojos desmesurados que, hiperventilando por la angustia, sin ni siquiera darse cuenta, acaban de salvarle la vida.


croatan

*****

NO PUEDE SOSTENERSE, piensa Ludovic Sindone contemplando el Hotel Satina, un edificio abstracto, subversivo, escandalosamente imposible; le encantaría alojarse en él, pero las reservas deben hacerse con varios meses de antelación. Acaba de llegar a Croatan, ciudad fría, aduanera, de casas en chaflán y niños fotogénicos. Un limpiabotas, tras ofrecerle sus servicios, le invita a tomar asiento en una silla de tijera. Le pide que coloque el pie derecho sobre la caja y saca los utensilios de limpieza: latas de betún, un estuche con cepillos de varios tipos de cerdas, aceites para lustrar, trapos de algodón bordados con sus iniciales y, por encima de todo, conversación. *Los limpiabotas son sociólogos de acera*, interioriza Ludovic Sindone, escuchando la fascinante historia de Laszlo Blumberg, un tendero de ultramarinos que renunció a una vida provinciana y gris y se reinventó, primero falsificando un expediente de

la Escuela de Arquitectos de Yale y luego añadiendo un currículum de ensueño: el Mercado de la Carne de Estambul, la Morgue de Ciudad de México, el Palacio de Invierno de Varsovia, el Colegio Real de Médicos de Yakarta, la Pista de Hielo de Nairobi, la Central Eléctrica de Tel Aviv y el Obelisco de los Cobardes de Alesia. Acto seguido le fue encargado la construcción de un hotel en Croatan. *Y ahí viene lo más curioso*, le explica el limpiabotas frotando con la destreza del que sólo sabe hacer las cosas bien, *Cuando terminó la obra, renunció al dinero pactado a cambio de disponer de un despacho en la parte superior, ante el asombro del propietario que no tuvo más remedio que aceptar. Allí trabajó veinte años, como un robinsón en su isla, en su proyecto más ambicioso: el Tratado del Equilibrio Imposible. Mi abuelo*, prosiguió el limpiabotas encorvado en la banqueta de madera, *lo veía salir todos los días con aquél pesado tomo bajo el brazo, cuidadosamente mecanografiado, sujeto con una cinta roja entre tapas de cartón rígido. Nunca se des-*

prendía de él. En el año de su inauguración, soportó sin daños un terremoto de 6.9 en la escala de Richter que destruyó media ciudad. Estudiado sistemáticamente en la mayoría de facultades de arquitectura, el Hotel Satina se había convertido en el icono de la ciudad de Croatan. Esther Puisac, periodista del *Diario La Ráfaga*, excelente nadadora con tendencia al liderazgo, en una comprobación rutinaria para el suplemento *Artes y Letras*, descubrió el fraude de Laszlo Blumberg que, ante el acoso de la prensa, desapareció sin dejar rastro, llevándose todas sus posesiones: la maqueta de un barco inglés del siglo XIX con las velas cosidas a mano, su carpeta con bocetos a lápiz, un cosmorama portátil, un grabado original de Goya, perteneciente a la serie *Los Disparates* y titulado *Modo de volar*, un sello enmarcado del Ducado de Avram, un ejemplar de *El Arte de la Guerra* de Sun Tzu y una caja metálica con un epistolario en su interior. Y lo más importante, el esfuerzo de veinte años: su *Tratado del Equilibrio Imposible*,

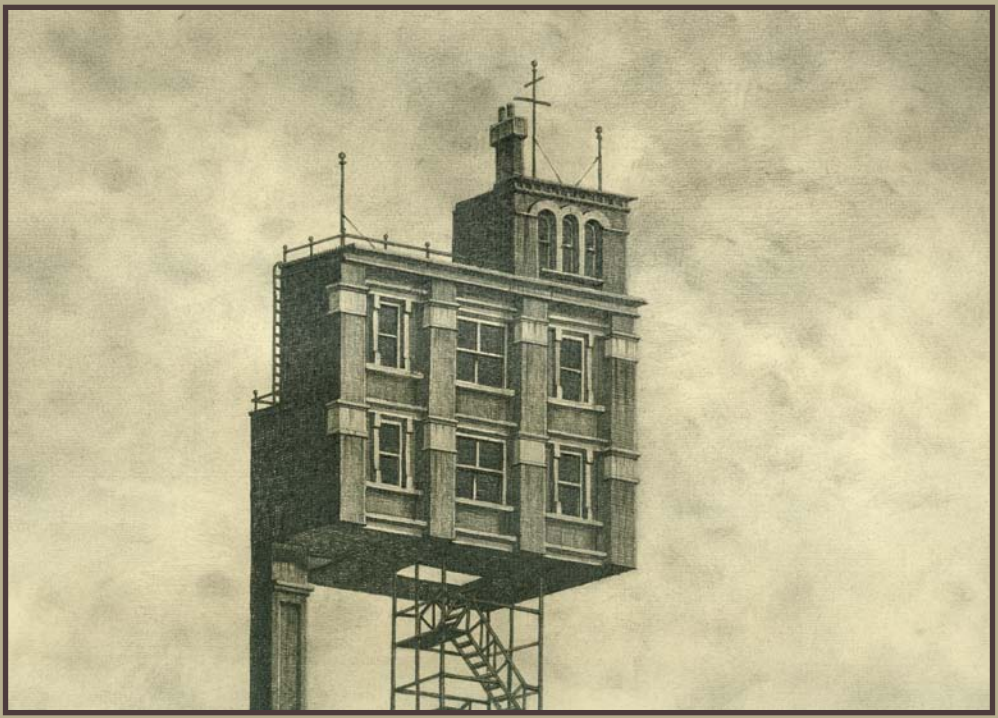
un maremágnum de notas en sánscrito, teorías revolucionarias, principios incoherentes y fórmulas matemáticas inexplicables. Sobre la mesa del despacho, una mesa de estilo imperio, de trabajada marquetería y motivos, incrustados en bronce, de cabezas de murciélagos y demonios de Tasmania, dejó escrito de su puño y letra: *Loco para los sabios, escándalo para los piadosos, molesto para el poder*.

En ese marco se fraguó la leyenda de Laszlo Blumberg: se decía que era adicto a la belladona, que la tomaba periódicamente para combatir los espasmos estomacales, y que ésta le provocaba visiones; que descendía de Raymond du Temple, el maestro cantero de *Notre-Dame* de París; que pertenecía a una sociedad de arquitectos francomasones que descubrieron las ruinas de una civilización muy avanzada bajo el Hotel Satina; que el proyecto le fue dictado al oído por un demonio de agua dulce llamado Zabulón. Pero sólo eran especulaciones sin fundamento. Sus partida-

rios le consideraban un iluminado, el gran pope de la arquitectura moderna. Con el afán de colocarle etiquetas a todo, le habían intentado encasillar dentro del *art brut*, también denominado por lo nazis como entartete kunst (arte degenerado) o *Kunst in Dienste der Zersetzung* (arte al servicio de la desmoralización). *¿Vanguardia o casualidad?*, tituló un periódico londinense de la época. Sus detractores, que han intentado emularle fracasando estrepitosamente, le atacan llamándole *farsante con suerte*. No son capaces de digerir el éxito de un tendero de ultramarinos transmutado en genio autodidacta que se atrevió a desafiar a la vida y a la gravedad; en sus mentes cuadriculadas no hay lugar para la quimera, el birlibirloque y la prestidigitación. *Sus días están construidos de envidia insana y sólido aburrimiento*, sentencia Ludovic Sindone.

Los zapatos han recuperado el brillo de su primera juventud. Le entrega al limpiabotas una generosa propina y éste le da la mano que, de

tanto frotar, libera una terrible descarga de electricidad estática. *Lo siento mucho, señor: podría ganarme la vida probando bombillas*, afirma con el humor ácido de un gondolero veneciano. *Y no deje de visitar el Museo de Celebridades. Estoy seguro que será de su interés.*



Una avenida de acacias negras le deposita a las puertas del *Museo de Celebridades*. Antigua fábrica de lámparas situada en la periferia de la ciudad, la fachada está cubierta de hiedra. Una bandada de chotacabras se ha posado en el césped marchito de la entrada. Cuando se aproxima, alzan el vuelo sincronizadamente, como un escuadrón de guerrilleros, emitiendo un sonido equivalente al de un millón de telegramas al llegar. La taquillera le devuelve los cambios con una mirada enigmática y un folleto explicativo. Ludovic Sindone lee que el museo está dedicado a los *Genios* y a los *Asesinos*. *Ambos*, explica su fundador, Constantín Capablanca, *son las dos caras de una misma moneda: anomalías de la naturaleza que equilibran una civilización*. Para no profanar la moral, Constantín Capablanca propone *un ejercicio de deshumanización que permita asomarse con simple curiosidad a lo sublime y a lo horrendo. Transigir o no es asunto de cada individuo*. Constantín Capablanca tiene sesenta y dos años y la boca de un oso hormiguero. El maxilar infe-

rior, muy desarrollado, le proporcionaba un aire despótico y poco amigable; la belleza no es su principal virtud. Arrancando de una favela en Petrópolis, había hecho fortuna al inventar una fibra sintética denominada *Orlón*, cuya patente le proporcionaba unos ingresos millonarios. En los últimos años había puesto en marcha dos proyectos: una cadena hotelera con los nombres de los antipapas de la historia y el *Museo de Celebridades* de Croatan.

Un largo pasillo desemboca en una puerta de herradura; una cita de Stefan Zweig alecciona al visitante:

LOS MILLONES DE HOMBRES QUE CONFORMAN UN PUEBLO SON NECESARIOS PARA QUE NAZCA UN SOLO GENIO

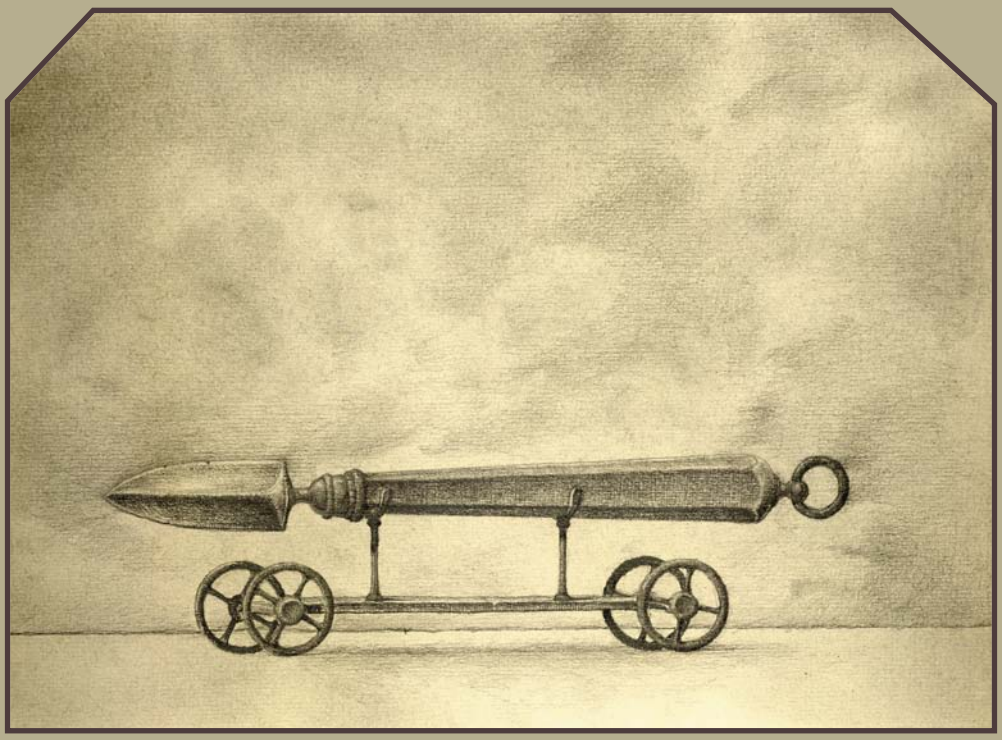
Ludovic Sindone se adentra en la sala y se aproxima a las urnas de cristal, colocadas en pedestales de escayola junto a unos paneles explicati-

vos: la mano izquierda de Sergei Rachmaninov, una mano enorme, desproporcionada, que podía cubrir más de trece notas (casi dos octavas) o estrangular a dos personas al mismo tiempo, acompañada del piano *mudo* que utilizaba para ensayar en sus largas travesías en barco por el Atlántico. Todo aquél que contemplaba la mano por primera vez soñaba con ella durante trece días consecutivos, uno por cada nota que abarcaba; la almohada manchada de sangre de Antón Chejov; una onza de vello púbico de la musa Kiki de Montparnasse; un pañuelo perfumado de Oscar Wilde; la boina de Federico Fellini y el sombrero blanco de Bob Dylan; la partida de nacimiento de los hermanos Montgolfier; uno de los cuadernos *Gran Jefe* de Ignatius J. Reilly; los setenta centavos ahorrados por Billie Holiday en el momento de su muerte; las cadenas de Harry Houdini; el pezón izquierdo de Margaretha Geertruida Zelle, también conocida como Mata-Hari; la espátula con la que esculpía sus figuras Alberto Giacometti; el cor-

dón umbilical de H. R. Giger; los guantes de boxeo de *Sugar* Ray Robinson tras la pelea con Jake LaMota; un diente de leche de Om Kalsum, *el ruiseñor del Nilo*; los zapatos desgastados de Robert Walser; el pene incorrupto de Rasputín; el sombrero de hombre de Marguerite Duras; un lápiz gastado de Walt Disney; el parche del ojo izquierdo de James Joyce; un collar de piedras de Virginia Wolf; el ataúd-cama de Bela Lugosi; y la nota manuscrita de Laszlo Blumberg.

Por otro lado, en la sección de *Asesinos* encuentra el bisturí empleado por Jack el Destripador con Mary Ann Nichols el treinta y uno de agosto de 1888, crimen que determinó, una vez analizado por Scotland Yard, que era zurdo y versado en anatomía; las babuchas doradas del pakistaní Jaud Iqbal, exterminador de un centenar de niños; la bata impoluta del Doctor Mengele; el libro de derecho civil de Ted Bundy; la corbata del maestro de escuela Andrei Chikatilo, más conocido como el *Anibal Lecter*

ruso; la vesícula de Ed Gein; el anillo de oro del Cardenal Richelieu; una foto dedicada de Charles Manson y un mechón de pelo de Sharon Tate; las botas que llevaba el nazi Heinrich Himmler cuando se suicidó en Lüneberg; una grabación de la voz afeminada y tímida del caníbal japonés Issei Sagawa comparando el sushi con un bocado de muslo humano; el bastón con el que el zar Iván IV, conocido desde entonces como *El terrible*, mató a su hijo Iván Ivanovich; los tirantes del alemán Bruno Ludke, asesino confeso de ochenta mujeres; el inmaculado traje de comunión del argentino Carlos Eduardo Robledo, apodado el *Ángel de la Muerte*; un espejo de mano encontrado en el prostíbulo que regentaban Delfina y María González, las asesinas múltiples más famosas de México.



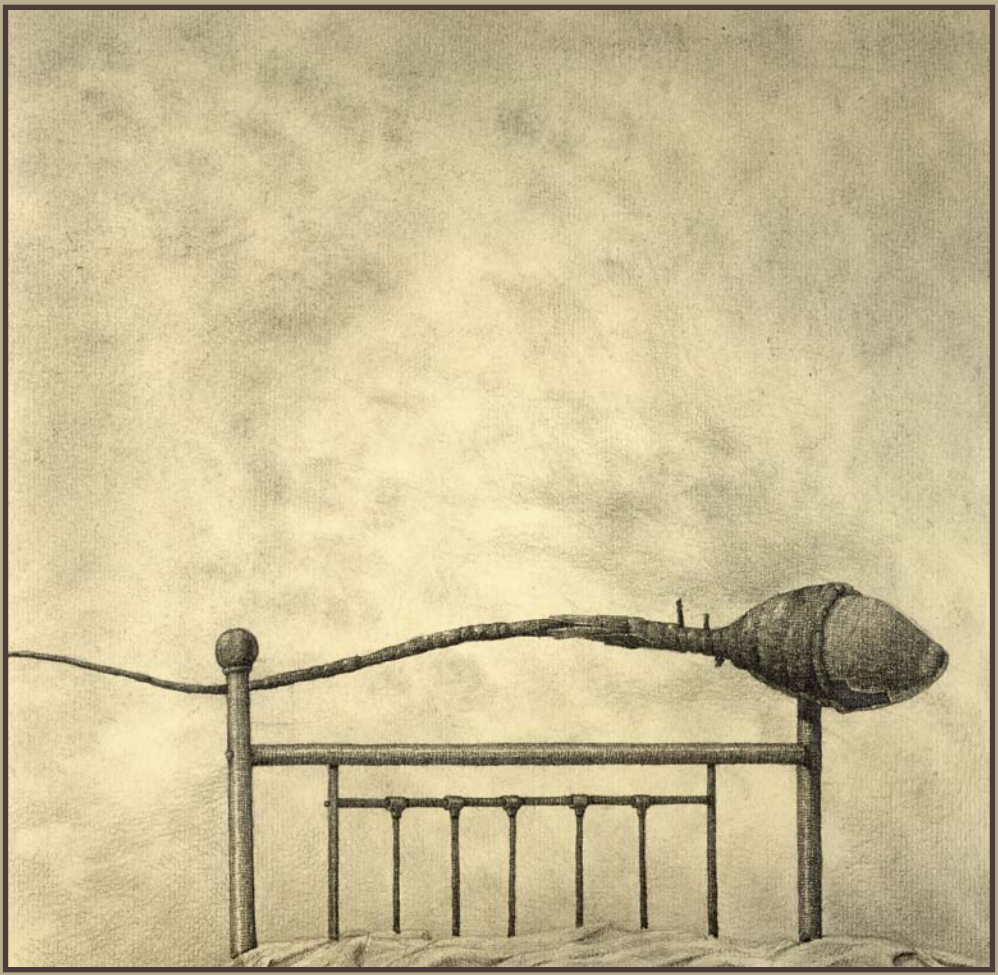
Al terminar la visita, entra en la tienda del museo donde se venden catálogos de la exposición, biografías de los personajes, postales, agendas y almohadas mullidas de cabello de asesino. Ludovic Sindone no supo decir si todo aquello formaba parte de una estrategia comercial o de la mente perturbada de Constantín Capablanca.

Pide una ensalada de algas, sopa de armadillo y confit de pato con salsa de frambuesa en un restaurante céntrico y luego toma café en una terraza acristalada junto a un jardín botánico con más de dos mil plantas, apuntando frases sin timón en su cuaderno de viaje. Un hombre maduro, de cejas anchas y grises, con el aspecto inmisericorde de un juez pierde la billetera y Ludovic Sindone la recoge y se la entrega. *Muchas gracias, ya no queda gente así*. *¿Puedo hacer algo por usted?*, le pregunta. *En otra ocasión*, responde Ludovic Sindone atusándose una barba cada vez más tupida. *Disculpe*, le increpa,

¿le conozco de algo? Su cara me es familiar. Lo dudo, señor, me debe estar confundiendo con otra persona, dice Ludovic Sindone.

En la puerta de Hotel Malkavian hay un gran pelícano de piedra con el pico cerrado. De planta triangular, lo que le permite tener tres fachadas, dos de ellas de privilegiadas vistas al jardín botánico, y con un estilo rusificado y elegante, inspirado en las montañas del Cáucaso, el Malkavian dispone de una pequeña biblioteca, la *Sala del Cronófono* y la habitación 536, la más demandada por los recién casados en luna de miel: la fecundidad está garantizada. Una habitación que da fe a los estériles, que ven en ella una nueva *Lourdes* o una nueva *Fátima*. La Princesa Anita Delgado y el Maharajá de Kapurthala fueron los primeros en utilizarla. Escribieron en el libro de honor del Malkavian: *Nunca imaginamos que la habitación 536 nos haría tan felices. Durante toda la noche soñamos con espermatozoides gigantes y óvulos acogedo-*

res. No nos cabe la menor duda de que, muy pronto, engendraremos un hijo. Nueve meses después nació Ajit.



Su propietario, Dominique Leyva, tras la pérdida del amor de su vida, Lydia Alexandrovna, que se fugó con el playboy dominicano Porfirio Rubirosa, regresó a Croatan para empezar de nuevo y encargó la construcción del hotel a un amigo, Vincent Lachen, que volvió de la guerra con un disparo en el vientre y una melancolía congénita. Ludovic Sindone entrega el pasaporte en recepción y alquila una caja de caudales donde deposita un sobre. Un niño de pelo rizado, vestido con corbata y pantalón corto, entre pucheros y lágrimas, reprende a sus tutores violentamente, amenazándoles con hablar con su padre para que los despida; éstos, por miedo a importunarlo, guardan silencio. El pasillo central lleva el nombre de *Perspectiva Nevski*. Un mozo de planta, con chaleco dorado e intenciones transparentes, le abre la puerta esperando una propina. Nada más entrar, retira las cortinas para que entre la luz en la habitación. Los días se caen del calendario y Croatan, con sus jardines de plantas aromáticas

y sus setos de hibiscos, con sus colectores de agua de lluvia y ese frío que tarda en quitarse cuatro cafés con leche y una copa de coñac, viene a ser su nuevo hogar.

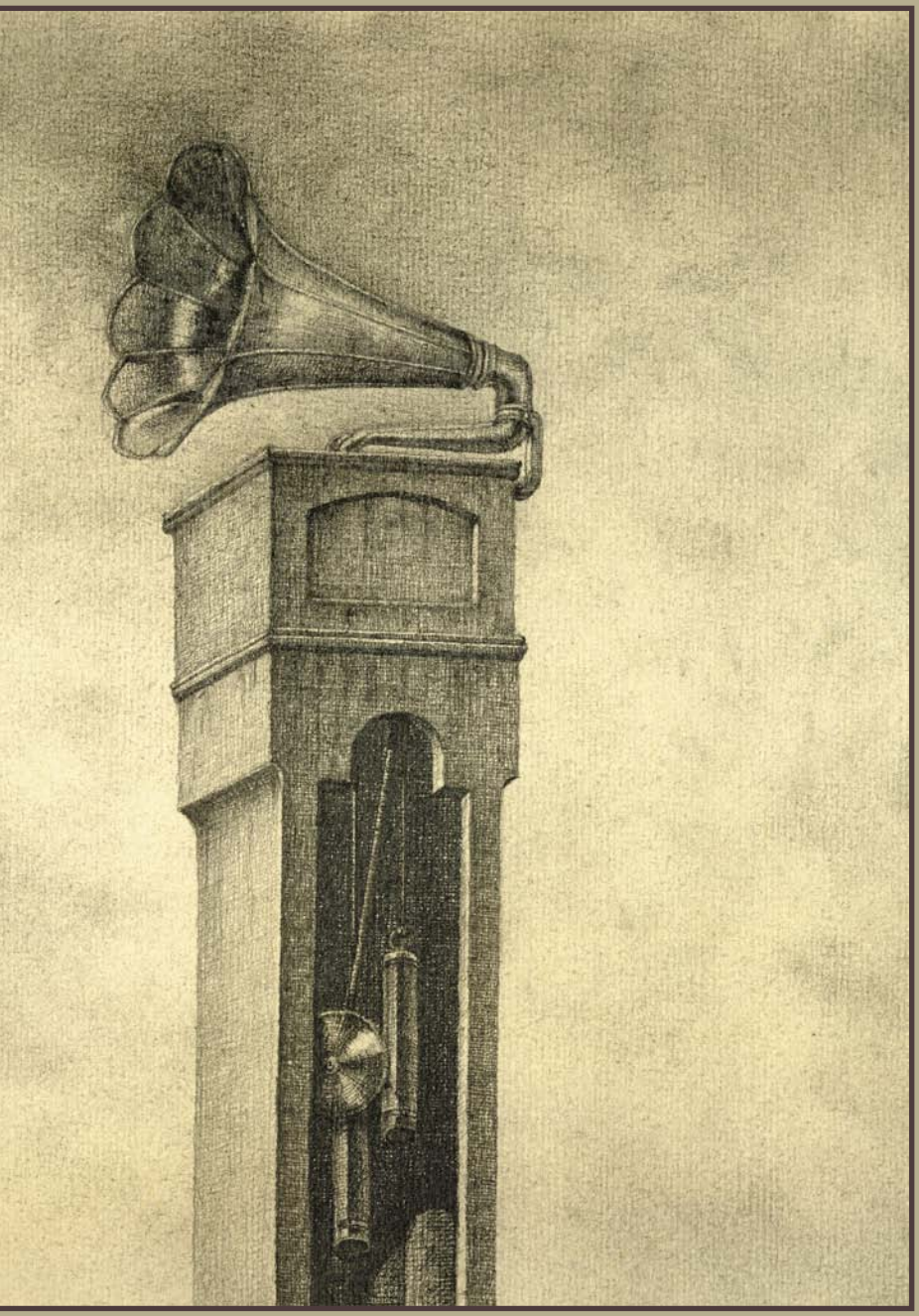
Sobre la cómoda encuentra una bombonera de plata, con bombones de licor y de dulce de leche, una lámpara con forma de atlante y hojas de papel. Dicen que las cartas escritas con membrete del Hotel Malkavian son las más tristes del mundo. Pero Ludovic Sindone no puede revelar su paradero. Y tampoco tiene a quién escribir.

Cena temprano y regresa al hotel. Los clientes del Hotel Malkavian tienen derecho a una hora diaria en la *Sala del Cronófono*. Al abrir la puerta, los gritos ahogan *El mar* de Debussy. *…porque la teoría de la evolución no tiene ninguna base científica: ¡Darwin no es más un sucio mono enviado por Belcebú!*, argumenta el hombre maduro al que Ludovic Sindone ha devuelto la billetera. Una decena de caballeros con pipa y una seño-

ra de mejillas encarnadas con abanico completan el cuadro. En el momento en que un joven barbilampiño, apenas un muchacho, en un arranque visceral cuyo único objetivo es lucirse ante la dama, le llama *creacionista* el ambiente se tensa hasta un punto sin retorno: aquél asunto debe dirimirse con las armas. No existe ofensa que no pueda ser reparada con un duelo. En los últimos años, Croatan había experimentado un imparable ascenso de los duelos a pistola. La esgrima exigía un estudio paciente, una rara habilidad y una notable forma física y, sin embargo, con las armas de fuego desaparecían todos los impedimentos: la diferencia de edad, la disciplina, las taras físicas. Además, era un arte muy difícil de dominar y siempre sometido a la dictadura de la suerte: un juego sin posibilidad de revancha. *Quisiera que fuese mi padrino*, le pide el hombre maduro con el aspecto inmisericorde de un juez. Ludovic Sindone, lamentando el momento en que ha decidido entrar en la *Sala del Cronófono*, no puede negarse; de lo contra-

rio le ofendería. Y no tiene ninguna intención de batirse en duelo al amanecer, con pistolas, en camposanto.

Esa noche sueña con la mano izquierda de Sergei Rachmaninov.



El camposanto de Croatan es un espacio abierto, alegre, de lápidas torcidas de piedra caliza y granito y panteones familiares que refractan la luz del amanecer. Ludovic Sindone lee algunos epitafios empapados de humor negro (*No me fui, me trajeron; Fallecido por la voluntad de Dios y la ayuda de un médico inepto*) y otros más misteriosos (*Volveré y arderán; SMAISMRMILMEPOETALEUMIBUNENUGTTAUIRAS*). También encuentra numerosas referencias a los duelos (*Muerto en duelo por mera antipatía y ofensas constantes; por no haberse puesto en pie ante una dama; por haber dicho en broma que era miedoso; por haber propinado una bofetada a un librero de Blonembun*).

El duelista más joven, apenas un muchacho, saca del bolsillo interior del abrigo una petaca de vodka y echa un largo trago para infundirse valor. El más maduro, inexpresivo, con el aspecto inmisericorde de un juez, estira los músculos del cuello y se ajusta las botas. El Hotel Satina se

levanta en el horizonte como un curioso espectador. Se posicionan en el centro del camino que, como la vida misma, divide el camposanto en ricos y pobres. La tierra cruje a su paso. Las pistolas, con anagramas de la corona inglesa y empuñadura nacarada, ligeras como la piedra pómez, son examinadas por Ludovic Sindone y el otro padrino, cuya misión es vigilar el cumplimiento de un protocolo caduco y obligatorio. Los duelistas se colocan espalda contra espalda, reciben las armas cargadas y comienzan los veintiocho pasos en línea recta por suelo bendito. Ludovic Sindone, toma sus precauciones y se pone a cubierto tras la lápida de un domador de circo. Al alcanzar el paso número veintiocho, se dan la vuelta ofreciendo el perfil derecho, apuntan de arriba abajo y disparan a la de tres.

Las detonaciones levantan el vuelo de una bandada de chotacabras de pico curvo que, desde el osario, han contemplado esa secuencia en múltiples ocasiones.

En un principio, cuando se disuelve la nube de pólvora, parece que los duelistas han errado el disparo, pero el de más edad se tambalea, escorándose como un viejo ballenero, hasta desplomarse, un disparo que produce un agujero no más grande que un garbanzo, a la altura del corazón, ése músculo ultrajado y orgulloso que no necesita nada para desarrollarse, ni luz ni cariño, que maltrata y es maltratado, completando una escena dramática con tintes de comedia y viceversa. Ludovic Sindone se inclina ante el caído. Éste, le mira sin ver, en tránsito hacia alguna parte, el brillo céreo del rostro se va tornando blanquecino, los labios se amoratan, los ojos, en pleno proceso de cristalización, se asoman y se esconden en las cuencas, con un sistema que se asemeja a las uñas retráctiles de los gatos, se acerca a la desembocadura embalando recuerdos en cajas de cartón, imágenes vivificadas que se transforman en el último momento de lucidez del moribundo que, boqueando sangre, pronuncia: *Informe Malatesta*...Y fallece.

El ganador, purificado, pletórico de estar vivo, disfruta, como un cartógrafo en un planeta nuevo, de una adrenalina peligrosa y traicionera que, tarde o temprano, puede convertirle en duelista reincidente. Y entonces quizá la suerte le sea esquiva.

El médico certifica la defunción y los dos padrinos firman el documento oficial; Ludovic Sindone con el nombre falso de un muerto. Las autoridades avisarán a la familia y ésta organizará un velatorio público que terminará, según marca la tradición, cinco años más tarde, cuando saquen la caja de la tumba y la eleven en globo, durante un día entero, sobre los tejados de Croatan.

Nada más llegar a la recepción del Malkavian, vuelve a sentirlo:

Unos señores acaban de preguntar por usted…

Extraño destierro el de Ludovic Sindone, condenado a vagar por hoteles que no existen.

Este
libro de cuentos, *Guía de*
Hoteles inventados, escrito por
Óscar Sipán Sanz e ilustrado por Óscar
Sanmartín Vargas, ha sido editado por el
Departamento de Publicaciones de la Excelentísima Diputación Provincial de Badajoz, al haberle sido otorgado el primer premio en la novena edición del Concurso de Cuentos Ilustrados, modalidad adultos. El diseño y la preimpresión se hicieron en XXI Estudio Gráfico de Puebla de la Calzada, y la impresión y encuadernación en
Gráficas Romero de Jaraíz de la Vera, dándose por terminado el miércoles veinte de diciembre del año dos
mil seis.